



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

# Una vida privada

**Yair Gustavo Gómez Martínez**

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2022



# Una vida privada

**Yair Gustavo Gómez Martínez**

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar al título de:  
**Magister en Escrituras Creativas**

Directora:

Andrea Salgado Cardona

Línea de profundización:

Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Maestría en Escrituras Creativas

Bogotá, Colombia

2022



*A mi hermana Yeimy, porque su fortaleza y valentía siempre han sido una gran inspiración y por su forma de amar sin comer cuento.*

*A mi padre, a mi madre. Vieran lo lindo que es escuchar cuando dicen que se sienten orgullosos de mí.*

*A Natalia, que sabe (que me robé esta dedicatoria).*

## **Declaración de obra original**

Yo declaro lo siguiente:

He leído el Acuerdo 035 de 2003 del Consejo Académico de la Universidad Nacional. «Reglamento sobre propiedad intelectual» y la Normatividad Nacional relacionada al respeto de los derechos de autor. Esta disertación representa mi trabajo original, excepto donde he reconocido las ideas, las palabras, o materiales de otros autores.

Cuando se han presentado ideas o palabras de otros autores en esta disertación, he realizado su respectivo reconocimiento aplicando correctamente los esquemas de citas y referencias bibliográficas en el estilo requerido.

Por último, he sometido esta disertación a la herramienta de integridad académica, definida por la universidad.

---

Yair Gustavo Gómez Martínez

13/03/2022

## Resumen

### **Una vida privada**

Esta novela explora la sexualidad de un joven de clase media que, por una noticia inesperada (tiene VIH), empieza a cuestionar las estructuras familiares y otros contextos con los que había criado. Es una novela que habla de cómo se construye la masculinidad y cómo esta es tan frágil. También es una historia que confronta al personaje consigo mismo a través de diálogos que sostiene con otras personas.

**Palabras clave: VIH, sexualidad, novela, familia, masculinidad**

Abstract

### **A private life**

This novel explores the sexuality of a middle-class young man who, due to unexpected news (he gets HIV), begins to question the family structures and other contexts with which he had grown up. It is a novel that talks about how masculinity is built and how it is so fragile. It is also a story that confronts the character with himself through dialogues he has with other people.

**Keywords: HIV, sexuality, novel, family, masculinity**

## Contenido

Resumen.....	V
Prólogo .....	2
My Body is a Cage .....	2
Escribir con el cuerpo .....	6
Bonus track: lista de canciones .....	10
Una vida privada .....	11
Capítulo uno.....	11
Capítulo dos .....	15
Capítulo tres.....	30
Capítulo cuatro .....	40
Capítulo cinco.....	49
Capítulo seis.....	62
Capítulo siete.....	70
Capítulo ocho.....	78

## Prólogo

### My Body is a Cage

Mi novela nació de una anécdota de niño. Yo tenía unos diez años y mi madre estaba preocupada por mi respiración. Me hicieron exámenes y a mi madre le entregaron los resultados de un niño de mi misma edad con un diagnóstico aterrador: tumor en el cerebro. El médico, al ver la cara de mi madre, se percató rápidamente del error y le aclaró rápidamente a ella que yo no tenía nada. Durante esos pocos segundos en los que tuve un tumor en el cerebro, mi madre —supongo— se imaginó todo lo que cambiaría mi vida a partir de ese momento. Toda una vida nueva a partir de ese susto.

Ya adulto, con una vida sexual activa, recordaba esa anécdota y pensaba en lo que pasaría si me diagnosticaran por error VIH. ¿A cuántas personas tendría que encarar para informarles que también podrían estar infectadas? ¿A cuántas personas que no quería volver a ver (o que no querían verme) tendría que llamar? ¿Cómo ser valiente en un caso de esos?

Así que imaginé una historia para un cuento, con un final ya claro: un joven que está a punto de obtener el trabajo de sus sueños se entera de que tiene VIH y la noticia desbarata su vida. Al final, todo se trata de un error, pero cuando lo confirma ¿qué sentido tiene? Sin embargo, por sugerencia de mi tutora de primer semestre, Fernanda Trías, la historia empezó a ser para una novela. De entrada, eso planteaba un cambio de tono, de ritmo: una narración menos acelerada. Pero implicó otros cambios más profundos, que me cuestionaron completamente.

A lo largo de la escritura empezaron a salir otras inquietudes relacionadas con la masculinidad, o mi masculinidad. La novela, pues, empezó a volverse un pretexto para reflexionar aspectos de mi propia vida, de mi adolescencia en un colegio masculino, de mi adultez y de la forma en que he asumido las relaciones. Y, sobre todo, de la forma en que nos enseñan a ser hombres (aunque los padres y hermanos del protagonista de mi historia distan mucho de ser como mi familia real): sobre la forma en que asumimos la debilidad o la fortaleza.

*A Private Life*<sup>1</sup>, el episodio doce de la primera temporada de la serie de HBO *Six Feet Under* (2001-2005), fue el nuevo punto de partida para esta historia que se convertiría en novela. En *A Private Life*, David Fisher, interpretado por Michael C. Hall, decide encargarse de embalsamar el cuerpo de Marcus Foster Jr, un joven homosexual asesinado a golpes mientras estaba en un cajero automático junto a su pareja. Uno de los asesinos le grita: “Read a fucking Bible, you pervert”. David, que dirige la funeraria de su familia, se ve confrontado por Marcus. *Six Feet Under* pone a dialogar a los muertos de cada episodio con los protagonistas. Y Marcus se le aparece con la cara llena de moretones, mientras lo cuestiona. David es un hombre religioso. David es un modelo a seguir. David es la cabeza de la familia: su padre murió. David es homosexual y está enamorado de Keith Charles, un agente de la policía. David no ha sido capaz de contarle a nadie. David ve su propia cara en la cara golpeada de Marcus.

“(David) ve el rostro grotesco y lleno de moretones de un hombre deformado por el odio. Es el rostro y la voz de los propios temores de David y su disgusto consigo mismo”, dice el crítico John Teti en el portal *AV Club*.

Michael está contenido en su propio cuerpo, en una familia que siempre quiere pretender que no pasa nada, como se los advierte Angela, interpretada por Ileana Douglas, en un episodio anterior (*The New Person*). Angela, la nueva embalsamadora que usa blusas escotadas, hace preguntas indiscretas y no se guarda nada, y a la que despiden con la excusa de que rompió una copa sin decirle a nadie.

Todo lo que escribo sobre mi novela pasa por *A Private Life* (el título de mi novela es un homenaje al capítulo). Pasa por Michael enfrentado a la rabia consigo mismo. Pasa también por *My Body is a Cage*, una canción de Arcade Fire del álbum *Neon Bible* (2007), porque así como Michael, el protagonista de mi novela, Pablo Andrés, está preso de su cuerpo: “My body is a cage/ that keeps from dancing with the one I love / But my mind holds the key”<sup>2</sup>. Durante la canción, hay especie de reconocimiento: su protagonista empieza a identificar ese lugar donde está parado: “I’m standing on a stage/ Of fear and self-doubt / It’s a hollow play / But they’ll clap anyway”<sup>3</sup>. También se siente extrañado del mundo en el que está, en una época

---

<sup>1</sup> [A Private Life](#), emitido originalmente el 19 de agosto de 2001, dirigido por Rodrigo García y escrito por Alan Ball y Kate Robin

<sup>2</sup> “Mi cuerpo es una celda que me impide bailar con el que amo. Pero mi mente tiene la llave”

<sup>3</sup> “Estoy parado en un escenario / de miedo y duda / Es una obra vacía / Pero, de todas formas, aplaudirán.

que no puede nombrar, donde se le llama luz a lo oscuro, el lenguaje se agota, pero las imágenes de lo que quiere decir están en su cabeza. Al final, como una plegaria, canta “Set my spirit free”, que al poco tiempo se convierte en un “Set my body free”. Así que he visto al protagonista de mi novela agobiado por la forma en que le aplauden ese rol que ya no quiere representar, ahogado en las palabras que no encuentra. *My Body is a Cage* estuvo siempre durante la escritura, sobre todo en las partes en que Pablo Andrés entiende que su cuerpo puede dejar de ser esa celda, que no pasa nada con que su robustez ceda para sentirse como un niño, para dejarse amar por otro hombre más pequeño que él.

Y entonces lo que escribo pasa por un hombre quiere aprender a despojarse de la comodidad de su cobardía y tener la valentía de asumirse débil, vulnerable. Porque, más que el problema de un hombre que se enfrenta a una enfermedad difícil, en mi novela está el de un hombre que se siente confundido al ver que el aparataje sobre el que se construyó su masculinidad, con falsas ideas de valentía y orgullo, es bastante frágil, y que incluso no está mal mostrarse débil o destruido de vez en cuando.

El documental *I Knew It Was You: Rediscovering John Cazale* (Richard Shepard, 2009) lo plantea muy bien. Una de las grandes virtudes del actor John Cazale era mostrar esa debilidad, esa vulnerabilidad, cuando estaba al lado de los actores protagónicos: en *El Padrino II* (Francis Ford Coppola, 1974), Fredo Corleone (Cazale) le reclama a su hermano menor, Michael (Al Pacino), por dejarlo en un lugar inferior dentro de la familia. Fredo justifica así su traición a Michael. Al final, Michael termina diciéndole que no lo quiere en ningún negocio, y Cazale, es decir, Fredo, no tiene más remedio que aceptar ese destino, recostado sobre una poltrona, vencido, derrotado.

Como hombres nos invitan a ser como el Michael Corleone de Al Pacino: fuertes, inquebrantables, inexpresivos, los que conservan la cordura en tiempos difíciles. Pero Cazale, como Fredo, es algo impensable en un mundo en el que todos quieren ser el héroe o el antagonista. Por ejemplo, Fredo no puede defender a su padre, Vito Corleone (Marlon Brando), cuando dos maleantes le disparan mientras hace las compras. A Fredo se le resbala el revólver y, al final de la escena, llora, impotente, frente al cuerpo de su padre, sin importarle los curiosos. Cazale hacía evidente su vulnerabilidad y por eso era un actor tan valioso. Así que el protagonista de mi novela pasa, también, por querer ser como John Cazale.

Pero, para ser como Cazale, el protagonista de mi novela tiene que ir matando a su padre,

aquella figura que siempre admiró de niño y a la que siempre quiso parecerse, pero que se fue desdibujando. Para matar esa figura pensé en la obra de Fernando Molano Vargas, sobre todo en *Un beso de Dick* y en el poemario *Todas mis cosas en tus bolsillos*. El padre educa a su hijo para que sea como él, para que tenga un cuerpo fornido, para que deje de llorar como niña y se comporte como un hombrecito. Para que se haga valer a los golpes, como los varones. Pablo Andrés ya no quiere eso y encuentra en el amor de otro hombre la forma de matar a su padre. Este poema de Molano Vargas lo ilustra:

De niño, papá despeinaba mi copete para que yo  
me enojara como un hombre.

En los pesados trabajos de su taller de hierros  
forjó rudamente mi cuerpo. A los quince años mis  
piernas sostenían sin dificultad una nevera, y en mi  
pecho hubiesen podido llorar dos o tres muchachas

(...)

Sin preguntar nada, un día celebró las heridas de  
mi primera riña y, sonriendo, descargó un puño sobre  
mi pecho. De alguna manera él supo entonces  
sobreponerse al miedo y hoy, a mis diecisiete, presumo  
de poder llegar tarde a casa,

Oh, Diego, en largas jornadas papá hizo de mí una  
fortaleza. Y es una maravilla cómo se sostienen sus  
muros ahora que entras en mí como un duende, y  
podemos a solas jugar y amarnos como dos niños

Fernando Molano Vargas, *Dulce hermano de los arietes* (*Todas mis cosas en tus bolsillos*)

Este poema me recuerda un comentario que me hicieron cuando tenía trece años: “Uy, tiene buen respaldo”, me dijo un amigo de madre, refiriéndose a mi espalda y a unos hombres que ya empezaban a mostrarse anchos. No volví a ver a ese señor, pero esa frase sí volvió a mi cabeza desde que empecé a leer a Fernando y mucho más cuando me imaginé cómo sería el cuerpo de Pablo Andrés.

¿Qué se espera de un hombre? ¿Qué se espera del cuerpo de ese hombre que apenas está creciendo, que apenas está descubriendo lo que significa esa etiqueta que le pusieron de ser un hombre? Era claro que en ese momento, a los trece años, no me hacía esas preguntas, y

ahora de adulto sí me las hago, claro, pero preferí trasladarlas al protagonista de mi novela, que aún ve cercanas la niñez y la adolescencia, ese momento en que empezó a notar que no todo estaba bien con su familia. Que su hermano, con quien supuestamente se sentía identificado, era un monstruo que aprovechaba la fortaleza de su cuerpo para hacer daño. Pablo Andrés empieza a notar que no se siente cómodo con ese cuerpo fornido, al ver que podría ser como su hermano, pero solo hasta su temprana adultez, cuando conoce el amor de otro hombre, comprende, completamente, que durante su vida ha sido preso del cuerpo que su padre también ayudó a forjar. Ese cuerpo que todos aplauden, todos admiran, del que se espera una actitud recia, acompañada, eso sí, de una inteligencia que lo vuelve soberbio. Pablo Andrés ya no quiere eso y siente como en este poema de Ángelo Nestore (como yo también mismo me he sentido). Pablo ya no quiere parecerse a su padre.

Por la mañana abandono mi sexo  
Al atardecer vuelo  
cuando me desnudo para entrar en la ducha.

Mi madre siempre dice que tengo los hombros de mi  
padre  
Con el vaho en el espejo el contorno es más ancho, más  
generoso.  
Dibujó una línea recta con los dedos, con la mano la deshago

En los ojos guardo la tristeza de las muñecas  
que jugaron a ser hijas  
y que mis padres acabaron regalando.  
El agua fría me trae a mi cuerpo,  
escondo el pene entre las piernas.

Mamá, ¿a quién me parezco?

Ángelo Nestore. *E io chi sono? (Actos impuros)*

## **Escribir con el cuerpo**

La escritura se siente con el cuerpo. No comprendí esto cuando empecé a escribir la novela, sino después de las pausas que tuve que hacer para esta maestría. Y lo reafirmé cuando imaginé el cuerpo que tendría Pablo, el protagonista. Un cuerpo que si bien es

diferente al mío (es un hombre alto, fornido), no deja de ser parte de mí.

En esos años en que estuve alejado de la universidad, por temas económicos y laborales, el proceso de escritura también se convirtió en una forma de reflexionar sobre mi escritura como periodista. Escribo todos los días para tener dinero y poder escribir. Pero esa escritura me harta. Esa escritura no se siente.

Puedo pasar horas frente a un computador, buscando información como un autómatas, haciendo llamadas para reforzar un dato, indagando, escribiendo textos que se van a convertir en noticias o reportajes. Y durante esas horas en que estoy frente al computador, no siento mi cuerpo. No siento nada. Solo escribo y escribo hasta terminar.

Cuando retomé la escritura de mi novela, cuando regresé a la maestría, quise repetir esa misma experiencia a la hora de construir las escenas, de poner a hablar a mis personajes. Pero no funcionó porque la escritura literaria, a diferencia de la periodística, se siente — debe sentirse— con el cuerpo. Ponerme en modo *escritura automática* hacía que me desconectara de lo que mis personajes debían sentir, escuchar, pensar. Si quiero hablar del cuerpo del protagonista de mi novela, un cuerpo que está aprendiendo a dejar de ser una celda, ¿por qué mi propio cuerpo tenía que abstraerse de la experiencia de la escritura?

Así que escribir también tiene que servir para ser consciente del lugar que ocupo del mundo y que ese lugar me permitirá saber hacia dónde van estas palabras, estas frases. Un cuerpo, el de Pablo o el mío, que me permitirá tratar de moldearlo con estas frases.

¿Y cómo hago para seguir sintiendo? He intentando madrugar para aprovechar el silencio de la madrugada, a ver si puedo escuchar la voz de mis personajes, pero me distraigo y esas voces se van perdiendo. Me digo que dormiré un poco y que más tarde, tal vez, podré aprovechar el sol de la mañana para escribir. Trato de buscar el silencio en el apartamento. No hay silencio. Veo una serie, escucho música, salgo a almorzar y voy a la librería anarquista que queda cerca de mi apartamento. Las mesas están al aire libre, al lado de la avenida. Suenan los carros, los buses, la gente que sale del mercado, las conversaciones de las otras mesas, pero puedo leer, puedo escribir. Allí comprendo también que para escuchar la voz de mis personajes no puedo alejarme del ruido. Porque Pablo cambia en medio del ruido que es su vida en ese momento. Pablo no solo tiene que enfrentarse a un virus incurable. También escucha los murmullos de sus compañeros de trabajo, que —él cree— lo juzgan. Pablo cambia en medio de los gritos de un partido de fútbol, de los reclamos de su familia, del

recuerdo del pasado turbio de su hermano, de las añoranzas de esa novia a la que ama, de lo confundido que se siente al amar a dos personas al mismo tiempo. Y en medio de ese ruido llega, tiene que llegar, la calma. Precisamente, en las mesas de esa librería anarquista que queda en plena avenida, leí *El viaje inútil*, de Camila Sosa, del que subrayé un fragmento que me sirvió para encontrar las palabras para entender que escribir es escuchar y sentir con el cuerpo:

“Al fin y al cabo sólo se trata de escuchar. Escuchar al mundo andar. El silencio es una mentira. Una cabeza nunca está en silencio (...) Escribo mejor en el ruido, en la música, en el tránsito, escribo mejor en la cola de los bancos, en la espera de los hospitales, en los aeropuertos. En cualquier situación en que la atención peligre. El ruido de afuera convive con el ruido de mi cabeza. Yo creo que es por eso que escribo tan mal”.

Quería explicar por qué he tardado tanto en terminar esta novela y Camila Sosa se me apareció con este libro apenas unas semanas antes de la fecha de entrega, justo cuando estaba llegando a ese momento en que Pablo estaba a punto de tomar la decisión de enfrentar a ese padre que ya no quiere ser y a ese hermano que desprecia. “El ruido de afuera convive con el ruido de mi cabeza”, dice Camila. Una frase que, ahora lo noto, atraviesa lo que está viviendo mi protagonista.

Todo esto también reafirmó por qué el episodio de *Six Feet Under* era tan importante en esta novela. El Marcus de cara golpeada se aparece cuando Michael siente culpa, cuando ora, cuando se entrega al sexo desenfrenado, y el Marcus libre de heridas, libre de moretones, se aparece cuando Michael decide no escapar del ruido a su alrededor, escucharse a sí mismo, cuando decide empezar a liberarse. En la ficción de *A Private Life*, vi los miedos de un aprendiz de escritor a que lo vieran desnudo. Vi el disgusto conmigo mismo al no saber cómo darles voz a unos personajes que salieron de mis estados de ánimo pasajeros.

Y así como Michael aprendió a escucharse, yo aprendí a escuchar a mis personajes y a sentir mi cuerpo durante la escritura. Hay que saber escuchar a nuestros personajes incluso cuando sus frases nos parezcan repulsivas (¿repulsivas porque hacen parte de nosotros?) o frívolas. Yo soy un pésimo narrador, pero a veces, cuando el personaje suplanta mi voz y

habla, las cosas salen mejor. Me salen muy bien los diálogos y, de diálogos aparentemente, pude definir mejor a mis personajes. Hay que sentir y saber escuchar de otros diálogos (por eso, seguramente, me gusta leer y escribir en sitios con mucho ruido).

Particularmente, hay una serie que tiene una potencia y sutileza en diálogos que fueron una guía para mi novela: *Mad Men* (2007-2015). En un episodio, Joan Holloway (Christina Hendricks), tal vez el mejor personaje de la serie, discute con Greg, su esposo, después de que él regresa de la guerra. Ella decide dejarlo<sup>4</sup>:

Joan: I'm glad the Army makes you feel like a man, because I'm sick of trying to do it.

Greg: The Army makes me feel like a good man.

Joan: You're not a good man. You never were; even before we were married and you know what I'm talking about.

Esa última frase, ese “you know I’m talking about”, es de un poder y una sutileza que solo un buen diálogo puede tener. Enseguida, remite a una escena del pasado, sin mencionarla, sin hacer una elipsis innecesaria, en la que Greg viola a Joan en la oficina de Don Draper, el personaje principal de la serie. Ese diálogo y la forma en que se diálogo refiere a otras escenas fue un modelo cuando buscaba que los personajes de mi novela se confrontaran. ¿Que si logré capturar la maestría con la que se logró la escena de *Mad Men*? No sé, pero sí sé que es apenas una muestra de lo que ha sido la televisión para mí y para mi proceso creativo. Andrea Salgado, mi directora en este trabajo de grado, me decía que ella veía la clase media rasa bogotana en este libro, que no veía a los personajes como unos ricachones o héroes con aspiraciones de grandeza. Eran jóvenes aspirando a tener una vida sin complicaciones, en la que se superen las carencias básicas, con ambiciones como tener un apartamento. Que ellos no pretendían cambiar el mundo, sino estar en paz con ellos. Y me preguntó por qué. Yo le respondí que, a fin de cuentas, ese era el mundo que yo conocía, el que tenía más a mano. Y

---

<sup>4</sup> *The Mystery Date*, cuarto episodio de la quinta temporada de *Mad Men*. Originalmente emitido el 3 de junio de 2012. Dirigido por Matt Shakman y escrito por Matthew Weiner y Victor Levin.

Joan: Me alegra que el Ejército te haga sentir como un hombre bueno, porque estoy harta de tratar de hacerlo

Greg: El Ejército me hace sentir como un hombre bueno.

Joan: No eres un hombre bueno. Nunca lo fuiste, incluso antes de que nos casáramos y sabes de lo que estoy hablando.

recordé, entonces, que las referencias televisivas iban más allá de *Six Feet Under*, *Mad Men* y otras series que han logrado que la intelectualidad valore la televisión. Le hablé de producciones colombianas, de las que ya no existen pero que hablaban de mundos más cercanos al mío, y me di cuenta de que mis personajes hablaban y se portaban como los de esas series. Hasta los imagino con el mismo acento. *Cartas a Harrison* fue una serie emitida en 1996 que trataba de lo que tiene que afrontar un parche de amigos del barrio después de que Harrison, el líder, se va a Estados Unidos a probar suerte. Albeiro, su mejor amigo, le escribe cartas cada semana para contarle lo que está pasando. La serie habla de lo que tienen que lidiar estos jóvenes con el usurero del barrio, con los tropiezos que tienen que superar para seguir estudiando, con las malas decisiones que toman, con sus arrebatos juveniles; todo con un tono muy barrial.

Aunque esas voces no se sientan directamente en la novela, estuvieron presentes cuando trataba de imaginar el contexto en el que mis personajes habían crecido, sus historias anteriores a la historia central.

Y así transcurrió esta novela, *Una vida privada*, de una anécdota de niñez que pasa por los programas veía en los noventa, con las series que vi de adulto, con la sensación que permanece en mi cuerpo mientras escribo. Pasa, sin duda, por el tiempo en que estuve fuera de la maestría. Por la poesía de Molano y la de Nestore.

Y pasa por las canciones que escuché mientras escribía en casa, canciones que suplieron ese ruido que empezó a ser tan necesario para aprender a escuchar. Arcade Fire, con *My Body is a Cage* y otras que hablan de personas que ven el fin del mundo en pantallas pequeñas y que ven desmoronarse su espacio seguro por intromisiones no planeadas. También está Nacho Vegas, con sus letras de amores oscuros y orgías violentas. Modest Mouse, con su frase “My thoughts were so loud, I couldn't hear my mouth”, tan acorde a todo lo que puede estar pasando por la cabeza de un personaje que decide enfrentarse al padre.

Esta novela pasa por volver a sentirme como un niño y por aprender a escuchar.

### **Bonus track: lista de canciones**

1. *My body is a cage*, Arcade Fire (*Neon Bible*, 2007)
2. *Sueños del 95*, Aterciopelados (*El Dorado*, 1995)

3. *El baile y el salón*, Café Tacvba (*Re*, 1994)
4. *Algo más que compasión*, Estados Alterados (*Rojo sobre rojo*, 1995)
5. *Amaneció*, Edson Velandia/Cabuya (*Comienza el garroteo*, 2004)
6. *The World At Large*, Modest Mouse (*Good News for People Who Love Bad News*, 2004)}
7. *Lobo-hombre en París*, La Unión (*Mil Siluetas*, 1984)
8. *Cry*, Jon Batiste (*We Are*, 2021)
9. *Las cosas de la vida*, Aterciopelados (*El Dorado*, 1995)
10. *Junior Suite*, Nacho Vegas (*El manifiesto desastre*, 2008)
11. *Why Does My Heart Feel So Bad?*, Moby (*Play*, 1999)
12. *Deep Kick*, Red Hot Chili Peppers (*One Hot Minute*, 1995)
13. *Despacito*, Los Piojos (*Ay ay ay*, 1994)
14. *xanny*, Billie Eilish (*When We All Fall Asleep, Where Do We Go?*, 2019)
15. *It Ain't Easy*, David Bowie (*The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*, 1972)
16. *We Exist*, Arcade Fire (*Reflektor*, 2013)
17. *Deep Blue*, Arcade Fire (*The Suburbs*, 2010)
18. *Raros peinados nuevos*, Charly García (*Piano Bar*, 1984)
19. *Runaway*, Kanye West (*My Beautiful Dark Twisted Fantasy*, 2010)

## Una vida privada

"I may not **dress** like **Jackie Kennedy**, but I have sex with men."  
'Six Feet Under', capítulo 12, primera temporada: 'A Private Life'

### Capítulo uno

Tomó un taxi en la calle. El sitio del examen no estaba tan lejos. Calculó que llegaría en veinte minutos, por el trancón. No lo podía creer. Por fin, después de tanto tiempo, tantas pruebas, le habían confirmado que obtendría el puesto soñado. Al principio se postuló con poca fe y no se lo tomó en serio. Trescientas cincuenta personas se habían presentado al mismo cargo.

Pasó los dos primeros filtros: pruebas de conocimiento muy sencillas, y antes de la tercera, cuando ya solo quedaban treinta aspirantes, notó que ya era el momento de tomar en serio todo.

—¿Por qué se demoran tanto en elegir al ganador? Qué desespero.

—Hermano, es un puestazo —le dijo uno de los aspirantes el día de la primera entrevista.

Decidió pedirle ayuda a su suegro, un perro viejo de las finanzas, para que le ayudara a prepararse.

—¿Bank of America? Mijo, esa es una gran oportunidad. Veámonos todos los días, lunes a viernes, y estudiamos.

—Pero los martes y jueves yo juego fútbol...

—¿Quiere el puesto? Luego va a poder jugar fútbol, porque una oportunidad así no la encuentra en cualquier lado.

Fue un mes de estudio. A veces les daba la medianoche. Pablo trabajaba en una revista económica. Le pagaban muy mal y llegaba trasnochado. Era el único empleo que había podido encontrar con su poca experiencia y recién graduado. Su suegro le sugirió que renunciara y Pablo le hizo caso, pero solo hasta que el proceso en el nuevo trabajo estaba bien avanzado.

Laura, su novia, los miraba desde la sala con unos celos fingidos y les decía en broma que era el colmo que el novio prefiriera al papá, que por qué entonces no lo adoptaba, ya que ninguno le prestaba atención. Ya todos se sabían la rutina. Él se paraba, la tomaba de la cara y le acariciaba la cabeza para darle un beso. El suegro simulaba que le daba pena y decía: “Bueno, los dejo solos. Ya es hora de un nieto, ¿no?”.

Otras tres pruebas. Modelos financieros. Simulación de proyectos. Incluso, le pidieron diseñar un plan de negocios para una empresa imaginada en un contexto de crisis económica nacional. Al final, quedaron solo tres candidatos. Él era el menor y el que menos experiencia tenía. Los otros dos rebosaban de soberbia. Pablo sentía que lo miraban con desdén, pero se sintió seguro en la entrevista conjunta que les hicieron.

Se sentía ansioso en el taxi. Ya quería estar sentado en lo que sería su nueva oficina y conocer a sus compañeros de trabajo. Ya había entregado todos los documentos que le pedían. Solo le faltaban los exámenes médicos, pura rutina. Mientras le chequeaban la

respiración, le ofrecieron unas pruebas de sangre. “No tiene costo y el resultado es confidencial. No pasa nada si no acepta, pero hay gente que aprovecha para descartar cualquier cosa”. Pablo dijo “sí” por salir del paso.

—Pase mañana por el resultado.

—¿Mañana? Pero si ya me están esperando en el trabajo.

—Ellos entienden, no se preocupe. Pase mañana a primera hora.

Llamó al banco, les explicó lo que estaba pasando y le dijeron que se calmara, aunque le advirtieron que lo mejor era que se apresurara. Llegó a su casa, se sentó en la sala y su padre notó su preocupación.

—Lo que es pa’ uno es pa uno, Pablo. Después de todo lo que pasó, imposible que no se aguanten un día. Relájese y váyase a dormir.

Fue a su habitación. Apagó la luz. Se acostó, cerró los ojos, pensó que podría dormir tranquilo (su hermano, que solía hacer mucho ruido, no estaba), pero no lo consiguió. Pasó la noche en vela. Quería recoger rápido los exámenes.

A pesar del minucioso chequeo médico, que le entregaran los resultados sería cuestión de minutos. O al menos eso pensaba. Sin embargo, cuando llegó al centro médico al otro día, le pidieron que esperara. Se sentó en la sala a mirar el televisor, que mostraba imágenes borrosas sin sonido. A su lado, un niño de unos cinco años jugaba con una cajita vacía de jugo: la pateaba como si fuera un balón de fútbol y driblaba para meterla entre las patas de las sillas. No había forma de ignorar al niño, que corría de un lado para otro con la caja pegada a los pies. Al principio, le pareció gracioso. Incluso le sonrió cuando pasaba a su lado. Pero al rato empezó a fastidiarle. La mamá trataba de calmarlo mostrándole el televisor, y el niño seguía pateando la caja, zapateando, haciendo ruido.

Pablo miró a la mamá con una sonrisa. Era una mujer joven, como de su edad, linda de labios carnosos, aunque con unas largas ojeras y una mancha amarilla en la blusa motosa y deshilachada. Imaginó qué pasaría después de que los dos salieran de allí: ella dedicaría todo su tiempo a calmar a ese niño desobediente, mientras él tendría una oficina amplia y en sus vacaciones iría a la playa a tomarse unos mojitos junto al mar, pensando en la desgraciada mujer de su edad que, por estúpida, ahora estaba amarrada a la vida de un ser humano pequeño e insoportable. Pensó en Laura, su novia. Sabía que las bromas de su suegro sobre

los nietos no eran tan bromas. Sin embargo, lo tenían muy claro: solo tendrían hijos hasta que los dos terminaran al menos una maestría y compraran apartamento. No iban a ser como esas parejas que justificaban su irresponsabilidad reproductiva con el dicho *un niño siempre viene con el pan bajo el brazo*. Le perturbó entonces la imagen de verse joven, llevando a un niño inquieto e insoportable al médico.

Siguió pensando todo eso cuando lo llamaron al consultorio. Caminó al sitio donde lo esperaba el médico. Desde la puerta de la oficina escuchó un ruido seco, como el de un melón que se caía al piso. El llanto del niño explotó, y ahora sí que era más difícil ignorarlo. El médico le pidió que se sentara y empezó a explicarle algo, pero los berridos del niño no lo dejaban ponerle atención. Los gritos se escuchaban en todo lado y no había nadie que calmara a ese malcriado. Sin duda, el plan que tenía con Laura libraría al mundo de molestias como esa. Sus hijos llegarían cuando los dos pudieran tenerlos y atenderlos y no les hicieran pasar malos ratos. Se imaginó todo lo que seguramente estaba haciendo la mamá del malcriado para calmarlo y que no molestara a los demás pacientes del centro médico. ¿Acaso no tiene para llevarlo a donde un pediatra?, pensó. Obvio, no tenía. Él y Laura sí iban a tener todo eso, y por eso esperarían lo suficiente. Imaginó que la madre del niño se habría justificado una y otra vez con el dicho del pan debajo del brazo, cuando quedó embarazada... pero, sin de dónde sacar para el pan, ¿cómo carajos esperaba darse una vida digna?

El ruido y sus pensamientos se apagaron cuando el médico levantó la voz:

—Necesito que me escuche muy bien, señor Martínez. ¿Entiende?

—Perdón, perdón... —. Perdón, nada. Solo quería recoger el certificado del examen e irse.

—Quiero decirle que no hay nada que temer en estos casos. La medicina ha avanzado lo suficiente para garantizar una vida normal.

Miró a los ojos al médico.

—¿Qué pasó? ¿Algún problema?

—Sé que la noticia puede ser sorpresiva y que seguro usted no esperaba esto. El examen de sangre dio positivo.

—¿Positivo en qué?

—Positivo en VIH, señor Martínez.

No pudo moverse.

—Por favor, tome agua. Sé que usted venía por un certificado médico para trabajar, y se

lo daremos. No debe preocuparse: este resultado es confidencial. Como le decía, usted puede llevar una vida normal, todo depende de...

—¿De qué?!

—Debemos programar un examen confirmatorio y otras pruebas para mirar qué tan avanzado está.

Cerró los ojos. Pensó que se desmayaría. Bebió el vaso de agua de un solo sorbo.

—Usted es una persona joven, señor Martínez. Le repito: no debe preocuparse. Con un tratamiento adecuado, su vida va a ser normal. Además, este resultado no está en el certificado para su trabajo.

Tanta insistencia del médico en que su vida sería normal le pareció un consuelo para tontos.

## Capítulo dos

—¿Esto quiere decir que usted ahora se va a volver mujer?

—No, papá —respondió Ricardo, mientras sonreía —Yo soy hombre, sigo siendo hombre. Solo me atraen otros hombres.

—¿Usted no tenía una noviecita en el colegio?

—Papá, era como por aparentar y ya.

—Me toma... nos toma por sorpresa. No pensé que eso era lo importante que tenía que decirnos. —Volteó la mirada a su esposa, la madre de Ricardo —Rosario, ¿tienes algo para decir?

—¿Estás seguro? ¿No es una moda de esas de jóvenes?

—No voy a pasar por todo esto por una moda, mamá. Ustedes pueden pensar que a los dieciséis soy inmaduro, y tal vez sí, pero estoy muy seguro de esto.

—Ricardo, cuente con mi apoyo. Usted es mi hijo. Yo no entiendo muy bien esto, para qué le hablo paja, pero estoy con usted... Estamos con usted, ¿no Rosario?

—Sí —su madre solo miraba al piso—. Estamos con usted.

“Pero a mi mamá le dio no sé qué. Mi papá sí estuvo firme conmigo, y eso que era bien católico, más papista que el papa. Después de que yo le conté se puso a leer sobre LGBT y sobre gays. Muy chistoso. Iba a conferencias y todo. Como que quería entender, y hasta me regaló un libro y me trajo una película. Me sorprendió porque mi papá es ingeniero eléctrico, y uno pensaría que a los ingenieros no les interesan esos temas. En cambio, mi mamá es psicóloga y por eso pensé que iba a ser más comprensiva. Una vez se peleó con mi papá. Otro día me llevó a donde el cura del barrio para que me mostrara el ‘camino’. Y al final ella salió regañada. El cura le dijo: Rosario, los tiempos han cambiado, uno ya no puede enviar al infierno al que no sea como uno, Rosario, y Cristo nos dejó un mensaje de amor. Mi mamá le citó pasajes de la Biblia: ‘¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones’, y el cura se reía, parece, se reía y me miraba, y le decía a mi mamá: Rosario, no puedes citar esos pasajes sin contexto, sin una correcta explicación. Mi mamá salió echando chispas. Se emputó y se cambió de iglesia, y cuando cumplí diecinueve años, mi papá prefirió que yo me fuera vivir a Bogotá para estar lejos de mi mamá. Mi hermana sí se quedó, pero también quiere estudiar acá”.

Esa era la versión resumida de Ricardo cuando le pedían que contara cómo había salido del clóset. Había una historia más larga, dolorosa, y muy pocos la sabían. Pablo era uno de esos pocos.

Pablo y Ricardo se conocieron en un partido de fútbol. Pablo jugaba martes y jueves con sus compañeros de universidad. Los martes practicaban y los jueves se enfrentaban a un equipo cualquiera, o se dividían para formar dos equipos. Un día necesitaban a un lateral derecho, y Rojas, un amigo de Pablo, llevó a Ricardo, pese a que jugaba de volante 5, y él siguió yendo los jueves. Le gustaba el nivel.

En los cuatro primeros partidos, a Ricardo no le llamó la atención Pablo de forma especial. Sí, era difícil ignorarlo: Pablo era alto, muy alto, y atractivo. Eso no se negaba. Pero no tenía especial interés en él, aunque se notaba que era de los más populares. Todos rodeaban a Pablo cuando terminaba de jugar e incluso las novias de los otros reconocían que era un “churro”. Ricardo disfrutaba de jugar con ellos, pero se iba rápido, con un simple ‘chao’ y un gesto con la mano. En el quinto partido, todo cambió. Tenían que jugar juntos en el

mismo equipo y Pablo se acercó a Ricardo para hablarle.

—Yo he estado pillando que usted juega bien. Es correlón. Arriéguese a salir más. Yo lo relevo en defensa, o le decimos a Ibáñez que lo cubra. Una carrerita suya y los deja botados.

Pablo solía jugar de delantero. Sus compañeros preferían tenerlo adelante para aprovechar el cabezazo. Pero él prefería jugar como extremo, y pensó que la velocidad de Ricardo le podría ayudar. Un pelotazo largo y un gol del equipo contrario casi lo hace cambiar de planes. El balón llegó justo por el costado que Ricardo debía cubrir. Sin embargo, lograron acomodarse, cada uno a un extremo, y el partido terminó 4-1 a favor, con un gol de cabeza de Pablo, luego de un pase de Ricardo. En las duchas, Pablo lo felicitó con una palmada en la espalda.

—Qué partidazo se jugó, hermano —le dijo Pablo.

—Partidazo el suyo —Ricardo tomó el carné de universidad que Pablo tenía al lado de la toalla para mirarle el nombre. —En serio, si no hubiera sido por usted... ¿Andrés?, no hubiéramos ganado. No sabían qué hacer.

—Sí, Andrés. Ese es mi segundo nombre. Casi nadie me dice así. ¿Y qué, unas polas?

—Listo, aunque no puedo demorarme.

—Hágale. Igual mi novia viene al rato a recogerme. Camine.

Se tomaron las cervezas. Primero con todos. Se fueron, uno a uno, y se quedaron Pablo y Ricardo, hablando, contando anécdotas irrelevantes sobre fútbol. La conversación fluyó y Ricardo se sentía cómodo e interesado. No solo le parecía atractivo, sino interesante. Hasta se preguntó si Pablo era gay... pero no, tenía novia y llegaría pronto. A las once y treinta en punto llegó. Se tomó una cerveza de afán con los dos y le hizo la señal a Pablo para que se fueran.

—Chao, Andrés. Nos vemos el jueves.

—Nadie te dice así, amor. Suena raro.

—No se oye mal, y Pablo también es mi papá. No estaría mal empezar a presentarme así —Volteó a mirar a Ricardo. Le sonrió: —Nos vemos el jueves y nos tomamos otras polas. Cuídese

Desde ahí empezaron a hablar más seguido. Algunas semanas, Ricardo iba los jueves no solo para entrenar. También para quedarse hablando con Pablo después de cada partido. Se iban juntos a la estación de Transmilenio. Ricardo ya hablaba con más confianza con los

demás.

—¿Sabe? Me está gustando que me digan Andrés.

—Ya que estamos más en confianza, lo invito a jugar con mi parche, este sábado. La cancha no está lejos de acá, pero es de fútbol 8. No es de once jugadores, como esta.

—No importa. Vamos y de paso probamos a ver si tienen nivel.

Se vieron un sábado lluvioso. La cancha estaba bajo techo, así que no había problema. Pablo llegó con un impermeable amarillo que lo hacía ver más delgado de lo que era.

—Ricardo, ¿ese tipo sí juega bien? Se ve como todo delgadito.

—Sí, sí juega bien.

Jugaron y los amigos de Ricardo se sorprendieron de que, pese a su altura, Pablo fuera tan habilidoso con los pies. Hacía amagues, remataba de rabona, se lanzaba jugadas de taquito, pisaba el balón. Y si bien era zurdo, se animaba a pegarle con derecha.

—¿Qué les dije? El tipo sabe. Entonces, ¿unas polas? Vamos, Andrés. Acá cerca hay una tiendita donde nos conocen y a veces nos fían.

Llegaron a la tienda. “Muchachos, yo pensé que no iban a venir”. Les dieron una mesa especial para todos. Eran ocho. Y allí, Ricardo era el centro de la atención. Lo dejaban pasar la barra y hasta poner la música. Algunas personas de otras mesas lo saludaban y él se quedaba charlando. Sus amigos reían y empezaban a hacer chistes, muchos dirigidos a Ricardo.

—Les entró la maricada conmigo, pues.

—Ah, no, el marica es usted —respondió un amigo de Ricardo.

—Marica y todo, pero a ustedes les gusta que me los culee jugando fútbol.

—Hablemos en serio. ¿No le gustan en serio las teticas, los culitos? Vea que si no ha probado, de pronto cuando pruebe le quede gustando.

—Eso le digo: si quiere le doy una probadita —los amigos de Ricardo soltaron una carcajada. Pablo lo miró contrariado. Ricardo notó que estaba incómodo. Los otros siguieron haciendo chistes, esta vez dirigidos al amigo de Ricardo al que la novia había dejado hacía una semana.

—Pablo, acompáñame allí a llamar —le dijo Ricardo, en voz baja. Salieron a la calle. Era de noche. El cielo estaba despejado. El andén estaba mojado. —¿Qué le pasó?

—¿Usted por qué no había dicho?

—¿Dicho qué?

—Pues eso, que usted es eso.

—Hable claro, hermano. ¿Eso qué?

—Que es gay.

—¿Y se lo tenía que decir?

—¿No somos amigos... o conocidos? Era lo mínimo.

—Nos estamos conociendo, hermano, y yo no tengo que andar con un cartel que diga: 'Miren, soy gay'. ¿Le molesta?

—No, no es eso. Es que pues usted y yo hemos compartido... Usted me entiende.

—¿Compartido qué? ¿Las duchas? No sea bobo, como si todos los tipos gays tuvieran ganas a cada rato y fueran un peligro para los heteros.

—Es que ahora me siento incómodo. Usted me ha visto desnudo.

—¿Y qué pasa? ¿Le hice algo acaso? No vaya a salir con que es homofóbico.

—No, no es eso.

—¿Entonces qué es? Diga. —Ricardo empezaba a enojarse.

—Venga, hablemos después. Yo me voy.

—Todo bien.

\*\*\*

—¿Todo bien? Tenía como tres llamadas perdidas de usted. ¿Qué pasó, ya entró a trabajar?

—No, todavía no. Tengo que hablar con usted —dijo Pablo.

—Listo. Dígame.

—Por acá no. Veámonos.

—Yo ahora estoy trabajando. Espéreme a que salga.

—Es urgente. Muy urgente.

—Si quiere, veámonos por acá cerca, Andrés. En la tienda.

Era un sitio viejo, con la pintura descascarada, en el que todos los sonidos de todas las músicas se mezclaban con el ruido de la avenida. Ricardo lo saludó con una sonrisa e intentó despeinarlo para felicitarlo por el nuevo trabajo. Pablo respondió apretando los dientes e irguiendo la espalda para que Ricardo se viera diminuto a su lado.

—¿Qué le pasa?

—¿Qué me pasa? Mejor dicho, ¿qué le pasa a usted?

La expresión de Ricardo cambió enseguida. El mesero los vio y reconoció. Les sonrió.

—Tiempo sin verlos, muchachos ¿Qué van a pedir? ¿Lo de siempre?

Lo de siempre era media botella de tequila, cerveza ligera y dos empanadas. Pablo negó con la cabeza. Ricardo apretaba los dientes y el mesero hizo cara de extrañado. Ricardo era el sonriente y dicharachero de cualquier grupo de amigos. Cuando iban a ese bar, hacía chistes con los meseros o tomaba una botella para simular un karaoke con las canciones que sonaban. Algunos clientes lo conocían y, por eso, cuando lo veían en esas, le invitaban tragos para que siguiera con el improvisado show.

—Solo dos cervezas —respondió Pablo.

—¿Están de zanahorios? —bromeó el mesero —. Ya les traigo.

Ricardo esperó a que se alejara y buscó la mirada de Pablo, como para pedir una respuesta. Se callaron unos minutos hasta que llegaron las bebidas.

—Aquí tienen... A ver si se animan a pedir algo más fuertecito.

—No puedo. Es miércoles.

—Comprendo, comprendo —respondió el mesero, picando el ojo, y les disparó con los dedos como si fueran una pistola —. Más tarde se animarán.

El mesero se fue a atender más mesas y cuando ya estaba lo suficientemente alejado, Ricardo preguntó:

—Ahora sí, dígame qué pasa.

—¿Usted ha estado con más tipos?

—¿Qué es esa pregunta?

—Responda.

—Sí, usted sabe que sí.

—¿Cuántos? —Pablo manoteó contra la mesa.

—¿Qué putas? ¿Acaso yo le he dicho algo por Laura?

—Eso es diferente... ¿se ha cuidado?

—Claro, hombre, claro. Yo respeto lo que usted y yo tene...

—Respeto ni qué carajos —Pablo bajó la voz y puso el resultado médico sobre la mesa para que Ricardo viera lo suficiente y lo guardó. —Usted... ¡¿Por qué?!

Ricardo quedó en silencio, bajó la cabeza, se quitó las gafas y empezó a restregarse los ojos. Se revolvió el pelo. Hizo un gesto como para tomar de las manos a Pablo, pero se arrepintió. Soltó un suspiro y miró a los ojos a Pablo.

—Es su culpa, Ricardo. Usted me prendió esta mierda.

—¿Y por qué yo y no ella?

A Pablo le molestó la pregunta, y apretó los puños sobre la mesa.

—Porque yo fui su primer hombre

—¿Y?

—Pues eso, Ricardo... ¿Usted con cuántos tipos más ha estado?

—¿Tipos?

—¿Quién más prende estas vainas? Sí, tipos. Ti-pos. Qué sé yo, en un sitio a los que va la gente como usted.

—Hasta la semana pasada usted era *gente como yo*.

—No se haga el loco ¡Responda!

—¿Qué quiere que le responda? Ya le dije todo.

—Dígame, ¿con cuántos maricones más ha estado?

\*\*\*

Después de llevarlo a la reunión con el cura del barrio, la madre de Ricardo se deschaveté, pero él se guardaba una gran parte de la historia. Desde que le contó que era gay, Rosario, su madre, empezó a ignorar lo que él decía, lo que él contaba. Ricardo trataba de hacerle la charla, con anécdotas de colegio.

—Ayúdeme a recoger la loza para lavarla.

—Listo, mamá. Ay, ¿ya le conté cómo me fue en el ensayo de sociales que estuve escribiendo y por el que me tocaba leer la...?

—Su papá no demora. En la nevera hay media libra de carne. Yo creo que su papá quiere carne.

—Listo, mamá. Yo mismo se la preparo... Le cuento, me fue muy bien en el ensayo. El profesor me dijo que me podía meter a un congreso de estudiantes... es como un concurso.

—Mmm. Ricardo, ¿usted sabe si ya pasó el camión de la basura? Para que la aliste y la saque.

—No, mamá. Hoy no pasa. Hoy es jueves... Entonces, le decía que me voy a poner a estudiar para el congreso...

—Ricardo, esté pendiente de cuando llegue su papá. Me voy a ir a orar a la habitación. Por favor, le pido silencio.

Y su madre se encerraba en la habitación. A veces dejaba folletos y libros sobre “cómo sanar la homosexualidad desde la misericordia de Dios”. Acusó al cura de su barrio de apostasía, con una carta que envió a la diócesis de Facatativá, el pueblo donde vivía. No obtuvo respuesta y se cambió de iglesia, a una donde prometían curar la homosexualidad. Luego de encerrarse en la habitación, oraba en voz alta y la ponía más alta cuando sentía que Ricardo estaba cerca. Recitaba casi a los gritos pasajes como “ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios”, o “de la misma manera también los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lujuria unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos el castigo correspondiente a su extravío”.

—Ya ni me habla, papá. Y esos alaridos me tienen mal, no los soporto.

—Tenga paciencia. Ella no entiende. Déjeme hablar con ella.

—No sé qué hacer, papá, y mire que ya está empezando a meter a mi hermana. La lleva a la iglesia, la obliga a orar a con ella.

—Alejandra es inteligente. Sólo le lleva la idea. Yo voy a hablar con su mamá.

Pero la charla no funcionó. Ricardo sólo pudo escuchar los gritos de su madre, con los que acusaba a su padre de estar poseído por el demonio, ¡de ser la reencarnación del demonio!

—¡Cuidaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces!

—Rosario, deje de responderme con citas bíblicas. Estamos hablando de su hijo. Usted le está haciendo la vida un infierno, por Dios.

—¡No diga el nombre de Dios en vano! ¡El señor no acepta las abominaciones!

—¡Carajo! No es una abominación. Es nuestro hijo.

—Dios destruyó Sodoma por las aberraciones. ¡Mi casa no será poseída por la sodomía!

—Con usted no se puede hablar.

La paciencia del padre de Ricardo se agotó el día que ella intentó sanarlo. Rosario le dijo a Ricardo que la acompañara a hacer una vuelta al banco del parque central. Él aceptó. Era la primera vez en dos años que le pedía hacer algo solo con ella. Salieron, pero él notó que se estaban alejando del parque central.

—Tengo que recoger algo allí a donde una amiga. No nos demoramos.

Llegaron a una casa con grandes ventanales, todos cubiertos por gruesas cortinas que no dejaban ver lo que pasaba adentro. Les abrió la puerta una mujer con una falda larga que tapaba sus tobillos.

—¿Ricardo? Te estamos esperando. Tu mamá nos ha hablado mucho de ti.

—¿Qué pasa, mamá? —Ricardo vio un círculo de gente, en un salón oscuro, que lo miraba. Tenían biblias en las manos. Había una silla en el centro.

—Sigue. Siéntate. Esto lo hacemos por tu bien. Tu mamá lo hace por tu bien.

Ricardo se sentó. El círculo se cerró sobre él y todos pusieron la mano sobre su cabeza.

—Mamá, ¿qué putas están haciendo? Yo me voy. —Un hombre lo sujetó de los dos brazos y una mujer le sostuvo las piernas.

—¡Déjenme ir! ¡¿Qué les pasa?! ¡Déjenme salir!

—El demonio es fuerte, hermana Rosario. ¡Pero con la espada lo derrotaremos! —La mujer que les abrió la puerta sostenía la biblia mientras decía esa frase una y otra vez.

—¡Déjenme salir! —Ricardo pudo soltar sus piernas y empezó a dar patadas para que lo dejaran en paz. Logró soltarse, correr hacia la puerta y salir. Siguió corriendo. Llamó a su padre. Le contó.

—Ya voy a la casa. Espéreme allá.

—No aguanto más, papá.

—Yo sé.

Ricardo esperó a que llegara su padre. Su hermana estaba en la mesa del comedor estudiando. La miró con pesar. Su madre llegó primero. Lo miró con odio:

—No voy a aceptar al demonio en mi casa. No voy a aceptar a un hijo maricón.

—Y yo no voy a aceptar que usted me trate así.

—¡Maricón! Eso es usted... Perdóname, señor Jesucristo, por las malas palabras.

—Usted está loca. Ojalá no meta a mi hermana en sus locuras.

—Yo lo hago por su bien... ¡Por su bien! Señor Jesús, ¿por qué me diste un hijo maricón? ¿Qué pecado estoy pagando? ¡Ilumíname con tu espada! ¡Dame fortaleza!

—¡Qué pecado estoy pagando yo para que me dieran una mamá así! —Ella se acercó y le dio una cachetada.

—¡No me doblegaré! ¡Satán no me doblegará! —Sonó la puerta de la casa. Era el padre de Ricardo.

—¿Qué está pasando acá?! Rosario, por Dios santo, ¿qué está haciendo?

—No invoque el nombre del señor en vano.

—Rosario, por favor, ya basta... Ricardo, suba a su habitación. Espéreme allá.

Ricardo le hizo caso. Subió llorando, y empezó a escuchar los gritos de su madre y los intentos de su padre por calmarla. Alejandra, su hermana, subió al poco tiempo. Lo abrazó.

—Aleja, no se vaya a volver como ella. Se lo pido.

—Tranquilo. Yo sólo le llevo la idea.

Había pasado más de media hora cuando su padre subió:

—Ricardo, ya hablé con un amigo que vive en Bogotá. Lo mejor es que usted se aleje de esto. Y bueno, ya no va a tener que coger flota todos los días para irse a la universidad. Yo le voy a girar una mensualidad y luego le ayudo a conseguir una habitación para usted, más cerca.

—¿Qué va a pasar con mi hermana?

—Esperemos a que termine el colegio y hablamos.

\*\*\*

La última vez que Ricardo vio a su madre fue en televisión. Un grupo de fanáticos había organizado una marcha contra la 'ideología de género', y ella aparecía sosteniendo un cartel grande que decía: "DIOS ODI A LOS HOMOSEXUALES. Romanos 1:18-32". Ricardo recordó la imagen justo ese día que Pablo le estaba reclamando por el resultado. Sí, Pablo, una de las pocas personas que conocía la historia completa. Pablo, o Andrés, como prefería decirle, que consolaba a Ricardo cuando se ponía triste por recordarla. Pero esta vez Pablo era implacable.

Ricardo cerró los ojos. Una lágrima se deslizó por su mejilla. No pudo hablar, hasta que escuchó un golpe seco en la mesa.

—No se ponga con dramas de marica. Responda: ¿no ve que me dañó la vida?

—¿Y la mía qué, Andrés? ¿Es que yo no tengo vida o qué putas?

—Usted sabe de qué hablo. No se haga el pendejo. Y no me diga Andrés acá.

—¿Sabe qué? ¡Vaya coma mierda!

Ricardo casi tumba la mesa cuando salió del bar. Pablo sonrió, avergonzado. Pensó que la pataleta de Ricardo había sido exagerada, que por culpa de esa escena ahora todos lo estaban mirando en el bar, juzgándolo. Odió a Ricardo. “Es un descarado”, pensó. Tras de que le prendió una enfermedad incurable, ahora se ponía bravo. “¡Qué descaró!”, pensó. Qué descaró.

Se tomó la cerveza casi de un solo trago largo, y después, sintiendo el vientre caliente y la garganta fría, agarró la cerveza de Ricardo y también se la empinó. Se atragantó y casi devuelve todo. Pensó que habría sido grave que vomitara: no había comido. “Qué carajos”, pensó. Si de todos modos estaba enfermo de gravedad, ¿qué tanto daño le podrían hacer dos cervezas con el estómago vacío?

\*\*\*

Pablo no siempre era Pablo. Cuando se veía con Ricardo, se transformaba en Andrés. Esos días, Pablo tenía que mentirles a sus papás y decirles que se quedaría estudiando toda la noche en la biblioteca de su universidad.

Pablo era tosco con Ricardo. Nunca lo abrazaba y siempre le estrechaba la mano con fuerza, como los varoncitos. Si Pablo estaba con Ricardo, erguía el cuerpo para parecer mucho más alto de lo que era. Con su metro con noventa y la espalda ancha se veía imponente al lado de Ricardo, que sólo le llegaba a los hombros. En cambio, Andrés se encorvaba para pedirle a Ricardo que lo consintiera, y después lo besaba y le acariciaba los muslos que deseaba tocar cada vez que estaban en las duchas después de jugar fútbol. A Ricardo le gustaba sentir a Andrés así, pequeño y vulnerable. Lo peinaba con la yema de los dedos, mientras suspiraba. Podían permanecer así por horas antes de hacer el amor.

Las noches que se quedaba con Ricardo, Andrés se sentía tranquilo, sin el afán de estar

compitiendo contra el tiempo. Sin el afán de ser el mejor para quedarse con el trabajo soñado. Ricardo era el único que le decía Andrés. De resto, todos lo llamaban Pablo, porque era igualito a su papá.

Se veían cada dos semanas en el apartamento de Ricardo. A veces duraban hasta un mes sin verse, y eso no le gustaba a Ricardo. Andrés lo tomaba de la barbilla y le pedía que comprendiera, que no siempre podía ser así, que él tenía otra vida ya casi solucionada. Luego, le mordía los labios suavemente y le sonreía.

Pero cuando salía cada mañana del apartamento de Ricardo, Pablo regresaba. Y ahora, con la noticia de una enfermedad mortal, Pablo no podía portarse de otra forma. Era Pablo. Y Pablo sabía, estaba completamente seguro de que Ricardo era el único. ¿Laura? Jamás, ella no ha estado con otros hombres. Ella ha sido fiel. Es una mujer noble, sí, tiene su carácter. Pero es noble.

Pablo se paró a la caja, pidió la cuenta mirando de soslayo al mesero, que se mantuvo extrañamente silencioso, pagó, salió a la calle y tomó un taxi a la oficina donde iba a trabajar. Sólo tenía que entregar el certificado médico, firmar un papel e irse. No tenía que pasar de la recepción, pero se sintió observado. Y aunque le habían dicho que los resultados de la prueba de sangre serían confidenciales, seguía sintiendo que cualquiera de los que pasaba por allí se daría cuenta, pero ¿por qué? No tenía una marca ni nada parecido, excepto, tal vez, el tufo a cerveza y el odio hacia Ricardo, que se le había estampado en los ojos. Se calmó y entregó el certificado médico a la recepcionista. Era una mujer hermosa: de pelo rojo, rizado, vestía una camisa a rayas que dejaba ver un lunar casi al empezar los senos. En otra circunstancia, habría sonreído sin un interés diferente al coqueteo. Le divertía sentirse atractivo. Pero esta vez apenas sonrió sin mostrar los dientes, sin abrir la boca, por vergüenza del aliento de alcohol a esa hora del día.

Al salir del edificio, por puro impulso automático le marcó a Ricardo. Colgó después de que sonó tres veces. “Que se joda... o que lo jodan”, se dijo.

Por la noche no pudo dormir. No sabía si contarle a Laura. No sabía cuándo se lo contaría. Pensaba en el trabajo. Después de que amaneciera, sería el día soñado. Lo había imaginado desde hacía meses. Firmaría contrato, le harían una introducción, le presentarían a todos, le dirían quiénes son las personas clave. Conocería su oficina y ¡manos a la obra! Incluso ya

había escogido lo que se pondría (su suegro le regaló un traje muy fino para estrenar ese día) y el perfume que usaría. Imaginó elogios por su forma de vestir y de oler. Ahora, con el resultado del examen, el recibimiento sería diferente.

En la mañana, su mamá le preparó un desayuno especial (changua, huevos pericos y chocolate con almojábana). Él apenas escarbó con el tenedor las salchichas de los huevos y se tomó el chocolate. Aunque era su desayuno favorito, no tenía ganas de comer. “¿Será que después voy a perder el apetito?”, pensó.

—Mijo, ¿ni siquiera la almojábana?

—No, mamá. Yo me la llevo. No tengo hambre.

Salió a tomar bus. Iba con tiempo. Prefirió irse en taxi. Al llegar a su nuevo sitio de trabajo, después de pasar por la incómoda recepción del día anterior y saludar a la misma pelirroja (esta vez llevaba el pelo recogido y una blusa en V que se ceñía al pecho), lo recibió una mujer joven que tenía una chaqueta de paño negro, una falda larga que apenas le dejaba ver los tobillos y unas zapatos altos que, sin embargo, no impedían que se viera como lo que era: una persona muy baja. Tuvo que arquear un poco la espalda para escucharla.

—Yo soy Silvia —se presentó—. Te ayudaré en todo lo que necesites hoy.

Él extendió la mano para saludarla, pero ella no respondió. Solo sonrió. Pablo sintió que ella simulaba ponerle la mano en la espalda, por pura cortesía, sin tocarlo, para indicarle el camino.

La siguió y creyó que todos lo esculcaban con los ojos mientras caminaba entre los cubículos. Llegaron a una oficina que tenía cuadros con el test de Rorschach. Adentro, una mujer los esperaba.

—Ella es Cristina Ortiz, la encargada de recursos humanos. Los dejo para que hablen.

—Siéntate, Pablo... ¿o Andres? ¿Cómo prefieres que te diga?

—Pablo... me siento mejor como Pablo.

—Ok, Pablo. Quiero hablar contigo algo muy delicado.

Pablo empezó a sudar y soltó un suspiro que trató de ahogar conteniendo la respiración.

—No te preocupes, Pablo. Te voy a explicar. Esta compañía es muy cercana a sus empleados, qué digo, a su capital humano, pero también es muy exigente con el compromiso. Somos como una familia, y al ser una familia, pedimos a nuestra gente fidelidad,

confidencialidad y compromiso. Queremos que todos los que entran acá se sientan cómodos y libres, y al tiempo, totalmente proactivos.

—Le agradezco mucho sus palabras —Pablo sintió un alivio—. Yo estoy dispuesto a dar todo. Estoy muy agradecido con ustedes.

—También te quiero decir que si necesitas cualquier cosa y tienes algún problema, nosotros podemos ayudarte.

—Lo sé. Siempre quise trabajar acá por el trato que ustedes dan a sus empleados.

—Y no te preocupes por los problemas de salud que tengas. Tenemos un seguro especial para todos, y te puede cubrir cualquier tratamiento, por grave que sea.

Una gota fría de sudor se deslizó por la espalda de Pablo. ¿Ella sabía o era un discurso que les decía a todos los empleados? No, no sabía. El médico le repitió que el resultado de la prueba de sangre era confidencial. CON-FI-DEN-CIAL.

La mujer lo tomó de las manos.

—¿Tienes alguna pregunta? ¿Quieres decir algo? ¿Alguna duda o inconformidad? ¿Algún secreto? —Se rió—. Tú sabes que las psicólogas tenemos algo de brujas —la mujer le guiñó el ojo.

Pablo creyó ver que la cara de la mujer se ponía seria. Creyó ver en la mirada de la mujer que solo fingía ignorar lo que pasaba.

—Lo del médico... ¿hay algo que ustedes quieran decir sobre mis exámenes?

—Pues eso no es algo grave, ni para ocultar. Si fuera grave, no estarías acá —Volvió a reírse. Esta vez, con más ímpetu. Para Pablo, esa respuesta era la prueba de que ella sabía. Sabía su secreto. ¿O no sabía y se estaba haciendo la loca?

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien?

—Me siento bien, tranquila —No se sentía bien. Se sentía descubierto, al desnudo.

Salieron de la oficina y fueron a donde estaban los empleados de los cubículos, los que estarían por debajo de él.

—¡Atención, todos! Les presento a Pablo Andrés Martínez. Algunos ya han oído hablar de él. Desde hace tiempo lo estábamos esperando.

Pablo no dijo nada. El calor de la oficina lo ahogaba. No podía pensar con tantos ojos encima de él. La mujer lo guió por todas las dependencias

—Y esta es la oficina del gerente. Espera yo hablo una cosita con él.

¿Le iba a contar? Pero a lo mejor ella no sabía. ¿O sí sabía? Pablo se calmó. Pensó que no podía caer en que esa paranoia lo hiciera decir cosas que no debía.

—Entra, que él quiere hablar contigo —dijo la psicóloga, que salió con una carpeta de documentos—. Más tarde hablamos.

Era un hombre gordo y grande. “Seboso”, pensó. Lo saludó con un apretón de manos que el gerente respondió con un abrazo. Ya se habían visto antes, en las entrevistas previas.

—¡Pablo! Te estábamos esperando. Ya conociste todo. Espero que estés a gusto. ¿Listo para meterte en este cuento?

El hombre le habló un buen rato sobre la misión, la visión y las metas de la empresa. Le dijo que eran todos una familia, que se sintiera a gusto... Pero Pablo no lo escuchó bien. Quería salir de ahí. Lo ahogaba todo eso. Supuso que el hombre gordo solo estaba siendo amable porque, en realidad, le tenía pesar.

Antes de salir de la oficina del gerente, vio que en el escritorio había un gel antibacterial. Seguro, en cuanto se fuera, el hombre se limpiaría con eso.

Su despacho no era tan grande como el del gerente, aunque tenía una vista espectacular a la calle. Ya tenía sobre su mesa un par de documentos (“Son las normas de la empresa y unos balances, para que empieces a mirarlos. Hoy va a ser suave, pero mañana...”). Vio que mucha gente pasaba frente a su oficina. ¿Siempre había sido así con la gente nueva? No. Para Pablo, la respuesta era una sola: sabían que él era el enfermo y sólo querían mirarlo.

Sonó el teléfono. Era la recepcionista. Quería avisarle que una tal Laura lo estaba llamando.

—¡Uy! Don importante, con línea privada. ¿Cómo va ese primer día?

—Bien... —Pablo no quería hablar mucho.

—Perdóname... ¿Te interrumpo? Solo quería recordarte que esta noche cenaremos en casa de mi papá para celebrar. Ya me confirmaron tus papás, tus hermanos...

Pablo no escuchó lo último. Sólo quería que pasara el tiempo para descansar, dormir. Para no pensar.

A la hora del almuerzo, fue peor. Habían preparado un plato especial para darle la bienvenida. Lo saludaban sin acercarse. Cuando hicieron el brindis, sólo una persona chocó la copa con la de él. Si antes tenía dudas, lo que pasó en el almuerzo se lo confirmó: sentían asco de él. No salió de la oficina el resto del día. Leyó tres veces los documentos que Silvia le

dejó en el escritorio. Se asomó por la ventana. Los andenes estaban atiborrados de gente. Los carros pasaban de un lado a otro, y los pitidos se mezclaban con el sonido de los vendedores callejeros, y un profeta del fin del mundo parado en una esquina con un parlante prometía, a gritos, la salvación. Cerró la ventana y se sentó frente al escritorio. Ojeó, de nuevo, los documentos. Recordó su teléfono celular. Lo había dejado sin volumen sobre el escritorio. Tenía 15 llamadas perdidas. Tres eran de Laura, dos de su mamá, una de un número desconocido y nueve de RS, la línea secreta de la que lo llamaba Ricardo cuando quería hablar con él. Programó el teléfono para rechazar todas las llamadas de RS.

Se fue un poco más tarde que el resto. No quería que lo vieran. Tomó un taxi directo a la casa de su suegro. Supuso que ya lo estaban esperando.

### Capítulo tres

Ahí estaba Laura, parada en la entrada de la casa de su padre. Estaba esperando a Pablo. Se veía hermosa. El pelo rizado, castaño, suelto, con una pañoleta amarilla y azul, y un vestido de flores rojas ceñido al cuerpo. Pablo sonrió al verla. Por un segundo olvidó todo lo que le había pasado el día anterior.

—Te estamos esperando.

—Yo sé—. La abrazó, la besó y pensó si ese sería el momento preciso para contarle todo. Se quedó quieto, mirándola a los ojos. Bajó la mirada. Suspiró.

—¿Qué te pasa? Vamos. Tus papás y tus hermanos ya llegaron. Ya están adentro. ¿Te pasa algo?

—Sólo fue un día pesado de trabajo. Mi primer día.

Llegaron a la sala. Lo recibieron con un aplauso. Su suegro, don Braulio, se levantó y lo abrazó.

—Mijo, si alguien se merecía esto, era usted. Es un trabajo muy bueno. Se le van a abrir todas las puertas. Y les cuento a todos: soy testigo de primera mano de todo lo que se esforzó para conseguirlo.

Pablo le sonrió. Miró a su familia. Todo el valor que había reunido para contarles se esfumó en un suspiro. Lo mejor sería no contarles, no ahora, al menos, para no dañar la

celebración.

La cena empezó con las preguntas de rigor: que cómo le fue, que qué tal la oficina, que qué tal el jefe. Pablo, tal vez a propósito, olvidó la presión que sintió ese primer día y habló de un trabajo hermoso, de una oficina con una vista envidiable, de unos compañeros muy cálidos y fraternos. Bromeó, incluso, con que había mujeres muy lindas, a lo que Laura respondió con un enojo fingido, mientras su padre le guiñaba el ojo. Habló de lo cómodo que se sintió en el almuerzo de bienvenida. Todos lo miraban extasiados. Su mamá rebosaba orgullo por los ojos.

—Tengo una botella especial para usted, mijo —El suegro se levantó por una caja que parecía muy fina.

—Don Braulio, no debió molestarse.

—Esto hay que celebrarlo.

—Que sí, vea que lo están atendiendo como se merece —terció el papá de Pablo.

El suegro les sirvió a todos el vino especial, reservado para esa noche, y brindaron de nuevo. Laura lo sujetó del brazo y cerró los ojos, mientras él la miraba.

Se sintió aún más tranquilo al observar a Laura. La belleza de su novia lo calmaba. La falda larga tenía una abertura al lado de la pierna que dejaba ver una parte del muslo.

Laura lo miraba de vez en cuando con esos ojos oscuros que lo mataban. Le sacó la lengua un par de veces y sonrió. No podía dejar de verla.

—Mírenlos. Cómo están de enamorados —dijo, sonriente, don Braulio—. Ya deberían pensar en casarse... ¿no?

—Pues estoy de acuerdo —intervino el papá de Pablo.

—¡Me pido ser el padrino! —dijo Saúl, el hermano de Pablo.

—¡No, no! Con lo vago que es usted... —bromeó Victoria, la hermana, picando el ojo—. Escoja uno menos borracho.

Siguieron haciendo chistes, planeando una boda imaginaria. Pablo tomaba de la cintura a Laura y reía con cada comentario de la familia. Se casarían, supuestamente, en un rancho campestre que don Braulio tenía fuera de Bogotá, en tierra cálida. Ella usaría un vestido blanco y corto, con sandalias doradas. Él, un esmoquin blanco, con corbatín crema. Invitarían a amigos y compañeros del colegio y la universidad. Contratarían un grupo de rock suave. La decoración sería con bombillitos amarillos.

—Pero le esconden el trago a Saúl. No queremos que haga quedar mal a la familia —dijo Victoria.

—¡Qué va! Más bien, que Laura invite unas amigas bien lindas a ver si...

—A ver si qué... La última vez que te presenté una amiga quedaste como un guache. Mejor ni les cuento —sonrió Laura.

Su mamá tenía una cara de alegría. Pablo, a diferencia de Victoria, siempre había sido el hijo modelo, ese por el que las mamás siempre llegaban con orgullo a las reuniones de padres en el colegio o las entregas de calificaciones. El alumno que siempre ponían de ejemplo. “Lindo y bien disciplinado”. Eso era lo que siempre escuchaba Raquel, la mamá de Pablo, cuando hablaban de su hijo. “Doña Raquel, ¡qué envidia un hijo como Pablito!”.

—Laura, espero que uses el collar que dejó tu mamá —exclamó don Braulio y todos se quedaron mirándolo —. Ella siempre quiso que lo usaras.

La madre de Laura murió cuando ella tenía veintiún años, por un cáncer de seno. Desde ese día, solo eran los dos. Iban a cine los dos. Salían a montar bicicleta los dos. Incluso Braulio la acompañaba a comprar ropa y la llevaba a las pocas fiestas a las que iba. O los domingos se dedicaban a resolver crucigramas.

Cambió un poco cuando ella, al cumplir veintitrés, empezó a salir con Pablo, que entendió sin problemas la relación tan cercana de su novia con su suegro. Al principio, don Braulio sentía celos y hacía todo lo posible por manipular a su hija. Por ejemplo, si ella le decía que iba a salir con Pablo, simulaba que se había quedado cocinando todo el día para que cenaran juntos. Laura incluso llegó a inventar mentiras, como que se iba a quedar estudiando con sus amigas o que iba acompañar a quién-sabe-quién a hacerse un examen médico, todo por salir con su novio.

Hasta que Pablo lo encaró un día: “Yo sé que usted está preocupado, y lo comprendo. Pero yo soy un hombre serio. Sí, soy menor que ella un año, y a usted le asusta que digan que los hombres somos más inmaduros que las mujeres, pero yo soy firme y estoy firme con ella”.

—Yo sé que a ella le daría mucha alegría ver que estás con un muchacho como Pablo. Te ganaste la lotería con él, amor —siguió don Braulio, con lágrimas en los ojos.

—Papá, no pongas esa carita de triste. Igual, no sabemos si aún nos vamos a casar. Primero tenemos que seguir estudiando, y hoy tenemos que celebrar.

El papá de Pablo propuso un brindis. Alzaron las copas. Laura puso música y los invitó a

seguir a la sala. Ella se sentó en uno de los sofás y levantó los brazos para que Pablo se hiciera a su lado. En la mesa de centro pusieron el vino y un juego de adivinar palabras llamado Mimoreto. Formaron equipos: Laura y Pablo, Victoria y su padre, Saúl y Raquel, y don Braulio se quedaría vigilando que todos cumplieran las reglas.

—No te pases de estricto —bromeó Laura.

Por cada ronda de juego tomaban y reían y recordaban anécdotas.

Estaban tan metidos en la celebración, que nadie escuchó que el timbre llevaba sonando, al menos, unos cinco minutos.

Don Braulio fue el que se dio cuenta.

—Sigán ahí tranquilos. Deben ser los vecinos. ¿Estamos haciendo ruido? —dijo el suegro.

Pablo se sentía mejor. Había olvidado el resultado del examen y ahora contaba historias que a todos los hacían reír. Su hermana mayor recordaba la vez que lo dejó, sin querer, encerrado en el armario. Las carcajadas resonaban por toda la casa.

—¿Por qué no me dijo que había invitado a un amigo? Siga, siéntese... —dijo el suegro.

Pablo se puso pálido cuando vio a Ricardo. Laura se levantó a saludarlo de beso en la mejilla. Ricardo volteó la cabeza con asco, y ella volvió y sujetó del brazo a Pablo.

Los padres de Pablo lo habían visto solo dos veces, en partidos de fútbol. Sus hermanos sabían que él era compañero de equipo de Pablo, pero nada más. Sin embargo, todos le hicieron un espacio para que se sentara.

—¿Ya les contó o está presumiendo de ser el hijo varoncito ejemplar? —dijo Ricardo.

—Venga, hermano... —respondió Pablo—. Hablemos en otro lado. Usted está borracho.

Ricardo estaba vestido con una chaqueta de cuero que le quedaba grande (era de Pablo) y tenía los pelos despelucados, y varios mechones le caían sobre la cara blanca y muy pálida. Se paró en el arco de la entrada de la sala, donde todos lo podían ver. Don Braulio, que era más alto, estaba a su lado, mirándolo con curiosidad.

—¿Borracho? No sea cobarde. ¡Cuénteles! ¿O va a seguir echándome la culpa?

—Venga... —Pablo lo tomó del brazo, muy fuerte, a lo que Ricardo respondió con un manotazo.

—¡No! Laura, Laurita, ¿sabes lo que hace tu noviecito cada vez que dice que va a la biblioteca a pasar la noche?

—¡Hermano! ¡Váyase o llamamos a la policía!

—Sí, Pablo. Lo mejor es que le digas a tu amigo que se vaya —intervino la mamá.

—¡Que no! ¿Ya les contó lo del examen? ¿Ya les contó, maricón?

Ricardo acentuó la pronunciación de esa palabra. Pablo lo notó, se acercó y lo tomó de los hombros para llevarlo a la puerta.

—¿Qué le pasa? Váyase y mañana hablamos.

—¿Mañana hablamos? Pero si aparte de no contestarme, ahora me rechaza las llamadas.

El suegro se acercó a la puerta, agarró a Ricardo de los brazos con una firmeza que contrastaba con la suavidad de sus palabras:

—Le pido que se vaya.

—Señor, no me voy hasta que Pablo Andrés hable conmigo.

La casa se quedó en silencio. Don Braulio insistió un poco más fuerte y Pablo reaccionó con un manotazo sobre el pecho de Ricardo, que se golpeó contra la puerta.

—¡Mañana hablamos! Váyase, se lo pido.

—No, no me voy. A ver, Andresito, cuénteles. ¡Cuénteles lo que hacemos en mi apartamento!

El grito de Ricardo se escuchó hasta la sala, y Laura salió a escuchar.

—¡Cuénteles que tiene VIH, maricón, y que me está echando la culpa!

Don Braulio explotó y le dio un puñetazo a Ricardo.

—¡Váyase ya de mi casa!

Ricardo, con la cara llena de sangre, dio un portazo y se fue.

Laura empezó a llorar. Pablo intentó abrazarla, pero ella no se dejó y volvió a la sala.

—Necesito que me cuente ya quién es ese tipo

—Don Braulio, por favor, le pido...

—Nada. ¡Dígame ya!

Pablo trató de alcanzar a Laura y, al llegar a la sala, empezó a llorar. Buscó a sus padres con la mirada, como pidiendo ayuda. Su mamá lo miraba extrañada.

—¿Y qué es eso del examen? ¿Usted le prendió algo a mi hija?

Laura subió a las escaleras y se fue a la terraza. Seguía llorando. Victoria salió detrás de ella.

—Don Braulio, le pido que se calme —exclamó el papá de Pablo—. Mi hijo nunca nos ha dicho mentiras. Seguro tiene una explicación.

El suegro cerró los ojos. Tenía la cara enrojecida.

—Sí, don Braulio. En serio, no creo que mi hermano... Él adora a Laura.

La madre quedó paralizada. Todo quedó en silencio. Las miradas apuntaban a Pablo.

—Les juro que... yo amo a Laura —tartamudeó Pablo.

Laura bajó sólo unos escalones y se quedó sentada, en la entrada al segundo piso, observando a Pablo. Victoria la abrazaba.

—Pablo, amor, siempre hemos confiado en ti. Dinos quién es ese joven —la mamá tembló al decir eso.

Las lágrimas rodaron por la cara de Pablo. El llanto ahogó cada palabra que dijo, cada palabra con la verdad.

—Sí, tengo eso... eso...

—¿Eso qué? Hable claro!

—Yo no les mentí —detrás se escuchaba como un eco la voz de la madre: “esto qué, esto qué, que alguien me explique” — no lo supe hasta ayer, cuando fui a recoger los resultados del examen médico. Les juro que yo no busqué esto... Siempre fue Ricardo.

Los zapatazos de Laura se escucharon fuerte en el segundo piso, seguidos de un portazo. Se oyeron los golpeteos de Victoria en la puerta, pidiéndole que por favor abriera, pero Laura no abrió, ni siquiera volvió a gritar, y Victoria no tuvo más remedio que volver a la sala, mirando con pesar a su hermano.

—¿Nos estás diciendo que tienes VIH? —dijo Victoria, pero don Braulio no lo dejó hablar:

—Váyase de mi casa No nos vuelva a llamar. Mi hija y yo ya no necesitamos saber de usted.

El padre de Pablo se puso de pie. Era tan alto como su hijo, pero con la espalda mucho más ancha. Se veía imponente, amenazante. Remangó las mangas de su camisa y dijo:

—Yo también le pido que vaya a la casa, recoja sus cosas y busque dónde vivir. No podemos tener en casa a una mentira como usted.

—Espera. Hablemos con él cuando lleguemos —dijo la mamá—. Seguro...

—¡Seguro nada! —la interrumpió su esposo.

—Papá, en serio... —intervino Victoria —. Si está enfermo...

—¡Nada! Si tiene una enfermedad de maricón, que al menos muera como un hombre.

Pablo temblaba. Ya nadie lo miraba. Su padre se acercó a don Braulio para pedirle

disculpas. Su madre estaba paralizada. Su hermano fruncía el ceño, con asco. Victoria le sonrió, con pesar.

Pablo miró a cada uno a la cara. Se quedó unos segundos parado, como buscando una respuesta para darles a todos, pero notó que ese ya no era su lugar. Miró a Victoria, pidiendo un consejo, tal vez. Su hermana le hizo una señal con los ojos. Pablo la entendió y salió a la calle.

La noche estaba despejada, ni una sola nube, y la luna brillaba, aunque no estaba llena. Caminó dos cuadras. Tenía frío. Se quedó en una esquina esperando un taxi. Solo pasaban perros callejeros que escarbaban entre la basura por algo de comida. Los perros paseaban por la calle como si estuvieran protegiendo un territorio, como si fuera un ritual de supervivencia. A lo lejos vio un taxi, con una luz rota.

—Lléveme al barrio La Esmeralda.

En la casa de sus padres, Pablo recogió lo que pudo en una bolsa negra de basura. Tres trajes, un computador y la ropa interior de una semana. Tomó un taxi, pero sin saber a dónde iría. No tenía mucho dinero. Ricardo no lo iba a recibir. Así que decidió irse a un motel barato de Chapinero a pasar la noche. Allí organizaría todo para ir a la oficina. Trataría de descansar.

No pudo dormir. La vida le había explotado. Se culpó por haber estado con Ricardo: sin Ricardo, no tendría VIH y estaría feliz, a esa hora, durmiendo en casa de su suegro. Pero sin Ricardo no se habría dado cuenta de que podía sentir de forma distinta, de que sin dejar de ser hombre podía querer y desear a otro hombre. Esa sensación lo reconfortaba antes y ahora lo abrumaba. Recordó a la mujer del consultorio médico. Mientras él, seguramente, pasaría la vida tomando medicamentos, ella se dedicaría a criar a un ser humano que, a pesar de ser insoportable, estaba sano y salvo.

Se bañó justo cuando el sol salió. Le fastidiaron el olor del jabón pequeño, con esa envoltura pegachenta de papel, y la textura carrasposa de las toallas blancas, secas y olorosas a suavizante barato. No debía importarle eso: la ropa estaba impecable, muy bien planchada, y la camisa relucía de tan blanca. Sin embargo, cuando iba a ponérsela, se sintió incompleto: no tenía la colonia que, supuestamente, despertaría los elogios de sus compañeros de trabajo.

Al salir, le pidió al administrador del motel si podía dejar las cosas allí, que él pasaría por

la noche a recogerlas. A regañadientes, el otro aceptó, pero con la promesa de una buena comisión.

—Eso sí, jefe, le pido que se vaya por la noche. Hoy es fin de mes y las parejitas siempre vienen a pasarla bueno, por lo que necesito todas las habitaciones libres.

Esta vez, menos compañeros de trabajo pasaron cerca de su oficina. “Es oficial: les doy asco”, pensó. Supuso que todas las ocupaciones le ayudarían a pensar en otra cosa. No: la llegada de Ricardo, la reacción de don Braulio, la mirada de su mamá, el reclamo de su papá y, sobre todo, el llanto de Laura seguían en su cabeza.

Pensó en llamar a la jefa de recursos humanos para contarle. Prefirió no hacerlo. Se obligó a trabajar, a hacer los balances. Al principio, no pudo. La ansiedad le apretaba el pecho. Duró una hora o más con los ojos cerrados, apretando los dientes. Eran las diez y cuarto de la mañana cuando se descompuso. Le pidió a la secretaria una aspirina. Fue hasta el baño, sirvió agua en un vaso y se miró en el espejo. Estaba demacrado, con orejas. Si así se veía ahora, que la enfermedad ni siquiera se había desarrollado, ¿cómo sería después? Recordó imágenes de enfermos de sida que aparecían en películas y documentales: flacos, muy flacos, con la piel de la cara que apenas forraba la calavera de la cabeza y dedos que ni siquiera podían sostener un lápiz. Siempre había presumido de tener un buen cuerpo y una estatura envidiable. ¿Se convertiría en un larguirucho esqueleto viviente? Su cara, al menos en ese momento, parecía indicar que ese sería su futuro. No tenía ánimos para moverse. No podía alejarse de la imagen fantasmagórica de su reflejo. El ruido de la puerta lo sacó de ese estado.

Regresó a su oficina y, por fin, se sentó a trabajar. Sentía que si dejaba de hacer lo que estaba haciendo, los recuerdos de la noche anterior llegarían a atropellarlo y a enredarle la cabeza como si tuviera una corona de espinas en el cerebro.

Habían pasado unas cinco o seis horas cuando escuchó un fuerte golpe en la puerta. Era el gerente.

—No me digas que ni siquiera te has parado a almorzar.

—Es que se me pasó el tiempo y quería...

—Estás pálido. ¿Te sientes bien?

—Sí, seguro.

—Y no has almorzado. Te-rrri-ble.

—Se lo aseguro. Me siento bien.

—¿Por qué no te vas a descansar? Te ves agotado.

—Se lo juro. Quiero terminar esto.

—No. ¡Es una orden! —Gritó el gerente, en un tono jovial.

Pablo quería postergar todo lo posible el tiempo de su hora de salida. Salir significaba llegar a ese motel barato que olía a desinfectante barato y jabón dulce y a sexo rancio. Antes, cuando estaba empezando a salir con Ricardo, le importaba poco ir a hospedajes baratos. Lo hacían después de cada partido, sobre todo los fines de semana, cuando Ricardo le decía que salieran un rato de la ciudad a pasarla bien. Como no eran sitios a donde iban conocidos, a Pablo no le importaba presentarse como la pareja de Ricardo. En la habitación se burlaban del jabón chiquito y Pablo se metía en la bañera, con su metro con noventa, recogiendo las piernas para que Ricardo cupiera. Intentaban tirar ahí, pero se rendían y terminaban burlándose del cuidadoso mal gusto de ese tipo de sitios. Se iban a la cama y se quedaban mirando el espejo del techo: “¿A quién carajos se le habrá ocurrido eso?”. Reían. “No sé. Seguro a algunas parejas les gusta mirarse cuando están en esas”, respondía Pablo. Pero esta vez ni siquiera el recuerdo de lo que hacía con Ricardo logró que a Pablo se le quitara el asco. Todo lo contrario.

—Sal o llamo a seguridad —bromeó el gerente.

Pablo salió del edificio y tomó un taxi hasta la biblioteca más cercana. Allí agarró un libro al azar. Empezó a leerlo. Era la historia de un hombre que no podía olvidar un romance que tuvo con una mujer mucho más joven que él, con la que se veía a escondidas en un apartamento de Estambul, pese a que estaba comprometido. Lo cerró. Los recuerdos de Laura se amontonaban y confundían con las sensaciones de Ricardo. No podía concentrarse. Los balances financieros, al menos, le ayudaban a alejar esos sentimientos. En cambio, los libros... era como tomar un camino que siempre llevaba al mismo punto: el callejón de su vida en ese momento.

Salió de la biblioteca y miró el GPS de su celular. Estaba a una hora, a pie, del motel. Decidió caminar. Tardó el doble.

—¿Tons qué, jefe? ¿Viene por sus cosas?

—No. ¿Puedo quedarme esta noche? Le pago bien, le juro. —Sabía que esa promesa le descuadraría las cuentas.

—Uy, pero es que hoy... La vuelta es que es viernes y las parejas vienen a echarse sus polvitos.

—Se lo ruego. Me voy mañana por la mañana.

—Mmm. Bueno, pero le toca que se quede en una pieza pequeña donde a veces se quedan algunas niñas a las que se les hace tarde con los clientes borrachos.

Aceptó, pensando, con asco, que dormiría en una cama donde las prostitutas se quedaban a pasar la noche después de polvos asquerosos pagados por hombres sebosos y frustrados. Sin embargo, pudo dormir, aunque tuvo una pesadilla. Soñó que caminaba sin pantalones ni calzoncillos por la avenida más concurrida de la ciudad. Trataba de cubrirse con la camiseta que tenía puesta y al tiempo trataba de convencerse de que no había nada de malo en andar así por la calle.

Despertó a las cinco en punto. Ya había tenido ese sueño antes: fue después de que Ricardo lo besó por primera vez, en los baños de la cancha de fútbol. Ricardo se metió a la ducha cuando ya no había nadie, le agarró el pene y lo besó. Los dos se pusieron erectos. Pablo respondió por unos pocos segundos, pero salió corriendo, se vistió rápido, sin secarse, y se fue en taxi a casa. Ya en su habitación, sintió ganas de masturbarse. Se contuvo. Ahí soñó ese mismo sueño, que con el tiempo se fue volviendo recurrente hasta que, un día cualquiera, sin saber por qué, había desaparecido, hasta hoy.

Intentó dormir un poco más. No pudo: a las siete en punto sonó su teléfono celular. Era Victoria. Dejó que timbrara tres veces. “Ya se aburrirá de marcar”, pensó. A la cuarta respondió.

—Pablo, quiubo. ¿Dónde está? ¿Dónde se ha quedado?

—...

—Hombre, responda.

—Me quedé por ahí.

—¿Por ahí? Veámonos.

—¿Para qué?

—Cómo que para qué. Usted necesita hablar con alguien. No sea bobo.

Victoria le puso una cita en el centro de la ciudad, cerca de uno de los tantos hostales donde se quedan los extranjeros. Pablo pensó en rechazar la cita; al final aceptó. En el fondo siempre pensó que su hermana sospechaba de lo suyo con Ricardo, o que sospechaba que él

no era “normal”. Decidió, entonces, salir de la duda ese día.

—Nos vemos a las diez, pues.

## Capítulo cuatro

Victoria lo miraba sin pestañear. Le tomaba las manos. Le secaba las lágrimas. Cuando terminó de hablar, ella sonrió y soltó un suspiro.

—O sea que usted y el tipo que fue a la casa se conocen de atrás.

Los chistes de su hermana nunca cayeron bien en las reuniones familiares. “Usted no se toma nada en serio”, decía su papá, siempre, con cara de decepción.

Prácticamente había un consenso familiar sobre ella: era la oveja negra. Siempre malgeniada. Siempre respondona. Siempre maleducada. Y él, de dientes para afuera, apoyaba esas posturas. Sólo asentía y respondía con un “Jum, tiene huevo” a las quejas de sus padres sobre ella. Sin embargo, siempre, casi en secreto, la admiró, y cuando nadie lo veía, se reía de sus chistes.

—Usted siempre ha sido mala con los chistes... mala e imprudente.

—El ofendido, pues. Usted es el que no podía aceptar la maricada y ahora viene a dárselas de digno.

—Pero entiéndame...

—Que lo entienda ni qué carajo. Más bien recoja sus cosas de donde sea que estén y quédese unos días en mi apartamento mientras se calma un poco.

—¿Y su novio no pone problema?

—Pues de malas. Igual, yo pago casi todo.

—Entonces llego por ahí a la una.

Cuando se pararon a pagar la cuenta, él se tocó la billetera para sacar dinero, pero ella le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo —sonrió, mientras lo miraba a los ojos.

Victoria se quedó pagando, y él salió a la acera. Desde ahí se quedó mirando a su hermana, que tuvo que esperar unos minutos al cambio del billete. Tenía el pelo hasta los hombros, y

las canas empezaban notarse, pese a sus treinta y tres años. “Menos mal mi papá no es calvo, porque a su edad ya estarían quedándose sin pelo. Cuando pasen los treinta cinco van a quedar con unas canas que los van a hacer ver churros y ya”, les decía Victoria a él y a su hermano.

—¿Usted por dónde se va? Yo voy a la 19.

—Yo salgo a la Décima. Tranquila.

—Nos vemos a la una. Cuidado por el camino.

Ella lo tomó del brazo, lo abrazó y lo despelucó como si fuera un niño pequeño. Pablo se quedó parado mientras veía cómo ella se alejaba.

Ir a la 19 le quedaba mejor para tomar el bus (o el taxi), pero prefirió el camino más largo porque quería quedarse solo un rato.

Hacía sol. Empezó a dirigirse a la avenida, no sin antes ver que tuviera sencillo para el pasaje o la tarjeta de tiquetes a la mano. Mientras caminaba recordó el día que la relación con su hermana cambió, cuando comprendió que ella no era la oveja negra de la que todos renegaban. Su mamá, de hecho, conservaba una foto de ese momento en una repisa de la sala. Era el día que Pablo cumplía siete años.

Victoria tenía catorce o quince en la foto. Sonreía y algo raro se veía en su cara: uno de los pómulos estaba maquillado con sombras. Su hermano aparecía simulando una carcajada solo para mostrar que estaba mudando de dientes. Tenía ocho. Pablo, por su parte, estaba serio, mirando directo a la cámara. Como solo se llevaba apenas un año y medio con su hermano, los vestían casi igual. Saúl tenía una camiseta de rayas rojas horizontales, con un ‘1’ azul. Pablo, una de rayas azules, con un ‘2’ rojo.

Pablo recordaba muy bien cómo se tomó la foto. Antes de que los llamaran, vio a su hermana discutir con su padre en la terraza de la casa. Él había subido a bajar la bicicleta nueva para mostrarla a sus amigos y primos. Un grito lo detuvo cuando estaba llegando a la puerta de la terraza.

—¡No se meta donde no la han llamado, culicagada!— le decía el padre.

—Cómo no me voy a meter si es mi mamá... usted es un descarado, papá.

—¿A usted le consta que era yo?

—Pero yo misma los vi, papá. Los vi.

—¿O me va a salir con el cuento de que estaba saliendo del motel porque estaba viendo un trabajo?

—Cállese. Usted no le va a decir nada a nadie.

—Pues vamos a ver qué dice mamá...

—Su mamá sabe a qué se atiene. De todas maneras, no le va a creer.

—Pero mi abuelo sí...

—¡Qué se calle!

—No sea tan hijueputa, señor — dijo ella y su papá le estrelló el envés de la mano en el pómulo.

Victoria no lloró —eso lo recordaba muy bien Pablo. Ella se quedó mirándolo unos segundos a los ojos, con la mirada encendida, y salió corriendo para bajar por las escaleras. Se dio cuenta de que su hermano había visto todo.

—Vamos antes de que mi papá lo vea— le dijo ella. Los dos bajaron a la habitación de Victoria. Ella se limpió la sangre de la nariz. Su hermano llegó gritando para llamarlos a la foto familiar. Cuando la vio, le dijo: “Quién sabe con qué se pegó. Eso se le pasa por ser tan fastidiosa”. Victoria no lo determinó, y Pablo se quedó mirándolo con extrañeza. “Ya bajamos”. Saúl se fue zapateando por toda la casa.

Ella tomó unos polvos para la cara y se maquilló para ocultar el golpe. Pablo la tomó de la mano. No sabía qué decirle. No sabía qué hacer.

“Venga, no le vaya a decir a nadie”, le dijo ella. “Vamos”. Bajaron a la sala; su mamá se quedó mirándola y antes de llegar a donde estaban los invitados le dijo: “¿Esa era la demora, que se estaba maquillando? ¿Se quiere madurar biche o qué? Yo no sé qué voy a hacer con usted”.

Su hermano, mientras tanto, hacía chistes malos y muecas e imitaciones y saltaba por toda la sala. La familia lo miraba esperando que Pablo se uniera a los juegos, o que hicieran esa representación de imitaciones que tanto les celebraban en las reuniones. Pablo miraba los ojos de su hermana, que trataban de contener las lágrimas. Las risas de todos, la música, todo le parecía fuera de tono.

Su familia siempre describía la relación de él con su hermano como la relación perfecta de amistad y fraternidad. “Van juntos a todo lado”. “Se cuentan todo”. Había fotos y videos que su mamá solía mostrarles a los visitantes como evidencia de esa supuesta unión fraterna.

Pero lo cierto es que a Pablo le molestaban muchas cosas de su hermano, incluso cosas que públicamente le celebraba.

Cuando tenía trece años y su hermano estaba a punto de cumplir quince, lo acompañó a hacer algo de lo que todavía se avergonzaba. Un día, en el salón de clases, Saúl se sintió humillado por un compañero, de apellido Cuevas, que le explicó cómo hacer la más sencilla operación matemática, mientras el profesor decía, para que escuchara todo el salón: “Señor Martínez, no entiendo cómo llegó a décimo. ¿Quiere que le traiga un ábaco y plastilina para que entienda?”. Todos los del curso rieron. Saúl no se aguantó esa humillación y en el descanso le pidió a su hermano que lo acompañara a buscar a Cuevas. “Me las debe”. Lo encontró a un lado de la biblioteca, con un libro en la mano. “Acompáñeme allí”. Lo llevó a la cancha de fútbol y los amigos de Saúl los seguían. Luego, le quitó los pantalones y los calzoncillos y lo hizo correr alrededor del arco de fútbol. Saúl era muy grande para que se metieran con él. A pesar de su edad, ya llegaba al metro con ochenta. Hicieron una ronda para ver correr al humillado. Se reían. Pablo fingía que le daba risa, pero sentía pena. ¿Qué culpa tenía ese pelo de que su hermano no entendiera matemáticas? Cuevas lloraba mientras todos veían su humillación. Y cuando terminó todo, salió corriendo. Y a pesar de que nadie se enteró, ninguna directiva, ningún profesor, Cuevas no fue durante dos días al colegio.

Su hermano siempre contaba esa historia en reuniones de amigos, en borracheras, en la universidad, incluso a los familiares, y la contaba entre carcajadas, como si hubiera sido un simple juego de ‘tintín corre-corre’, omitiendo detalles como que Cuevas caminó cojo durante una semana porque Saúl hizo tanta fuerza para bajarle los pantalones que le lastimó la ingle. Y cuando contaba la historia, abrazaba a su hermano como cómplice. Pablo solo reía.

Solo reía, pero por dentro se lamentaba y se culpaba por seguir riendo, porque, para él, esa historia fue la llave que liberó al monstruo que era su hermano. Cada vez que Saúl la contaba y lo buscaba a él con mirada cómplice, Pablo sentía que también estaba buscando esa misma complicidad que tuvo su padre para las monstruosidades de su hermano.

—Y cuando tuvo las primeras novias hacía cosas peores— le contó un día a Ricardo. —Cosas peores que, yo habría podido evitar— añadió, sin más detalles.

Pero ¿por qué insistía en seguir manteniendo la farsa de la buena relación con su hermano? Pensó que si caminaba unas cuadras más encontraría la respuesta, pero ya había pasado una hora y nada. Paró. Miró la dirección donde estaba y fue a la estación más cercana

para irse, por fin, al lugar donde se estaba quedando, recoger sus cosas y llegar a donde su hermana.

Trató de dormir durante el trayecto. Quería suspender al menos por media hora las preocupaciones, pero a cada tanto un vendedor, un cantante o un predicador de la salvación se subía con un gran parlante a vender un futuro mejor, un talento despreciado por la industria o un producto que “usted seguro necesita pero no sabía”. Se resignó a seguir pensando. En Ricardo. En su hermana. En Laura. En el trabajo. En el motel donde se estaba quedando.

Cuando llegó a la estación, se lamentó de que no estuviera más lejos del motel. Tan solo tres cuadras lo separaban. Caminó lo más lento que pudo, pero el trayecto era tan corto que se sintió ridículo. Además, ¿qué era lo que quería postergar, si su vida ya estaba arruinada?

—Patrón, ¿y esa cara?

—Vengo a recoger las cosas. Deme la cuenta.

—Si se le ofrece, por acá tengo unas niñas...

—Deme la cuenta, por favor, y ahora que baje le pago todo.

- Tranquilo, hermano, que lo vi con esa cara y usted sabe que un polvi...

El administrador no había terminado de hablar y Pablo ya estaba en la puerta del ascensor. Eran solo tres pisos, pero quería estar lo más pronto posible lejos de ese ser humano repugnante que tenía manchas de comida en la ropa, con el pelo grasoso peinado hacia al lado para disimular las entradas. Quería salir rápido de ese sitio que olía a cloro y jabón dulce, de sábanas ásperas y espejos en el techo. Quería irse rápido, no sabía si quería irse a donde su hermana.

Al entrar en la habitación le produjo gracia ver todo regado en todo lado. Su yo anterior no habría tolerado que la camisa estuviera sobre la cama, que las medias estuvieran al lado del baño, que la toalla estuviera amontonada al lado de las sábanas. Sonrió de nuevo, se miró el espejo techo y empezó a recoger todo con una paciencia que no correspondía al supuesto afán que tenía de salir de ahí. Se cercioró de que todo lo que había llevado en la bolsa estuviera completo. Medias, calzoncillos, el traje elegante con el que supuestamente llamaría la atención. Todo le quedó tan bien acomodado sobre la cama que le dieron ganas de tomarle una foto, pero miró el reloj (eran las doce y media). Metió todo en la bolsa, bajó las escaleras

a la recepción, escuchó la cuenta, le pareció cara, pagó y tomó un taxi. “Carajo...”, pensó. Solo le quedaban apenas unos billetes para la semana y sabía que iba a extrañar el dinero del taxi.

—Acá está el sofacama. Es cómodo y amplio, así que no creo que duerma mal. Si quiere ver televisión por la noche, tranquilo, pero póngase estos audífonos porque William madruga mucho siempre. Use el baño del lado de la cocina. Ahí le dejé, por hoy, unos huevos, una carne y un arroz para que coma.

—Gracias.

—¿Necesita algo más?

—Pues...

—Plata, me imagino. ¿Cuándo me la paga?

—El quince...

—Si no me la da el quince, el dieciséis lo echo a la calle —Victoria soltó una carcajada—. Fresco, pero igual le recomiendo.

—¿Usted se va ya?

—Nos invitaron a un shower. La prima de William va a tener un hijo. ¿Por qué la pregunta?

No quería quedarse solo. Esperaba que su hermana se quedara con él, viendo una película o jugando veintiuna o algún juego de mesa improvisado. O simplemente que ella le contara esas historias que había contado mil veces, como cuando se fue de mochilera a los diecinueve por Sudamérica.

—Por nada.

—Oiga, no se le olvide hablar con Laura. Ella me dijo que no quiere verlo, es cierto, y usted se siente triste y todo, pero ella necesita una explicación. Llámela.

Pablo bajó la cabeza mientras su hermana le decía eso.

—Y ella necesita saber si usted le prendió algo. No vaya a ser tan cabrón.

\*\*\*

Victoria no tenía fotos familiares en su apartamento. Sólo había imágenes de los viajes que había hecho sola por Sudamérica. El apartamento tenía solo una habitación, pero la sala era amplia y hasta había un patio lo suficientemente grande para extender toda una carga de ropa. Pablo fue al patio a tomar el aire. Vio un porro en una de las plantas de su hermana. Lo

prendió y aspiró un fuerte sorbo que lo hizo toser. Quería estar tranquilo, no pensar, y supuso que el porro le ayudaría. Volvió a la sala, prendió el televisor y se puso a buscar una película en Netflix. Pasó media hora y no encontraba nada que ver, hasta que paró en una película sobre una adolescente que llegaba a una nueva escuela desde África.

Una mañana que sus padres no estaban en casa, Laura y él se la pasaron viendo esa película, desnudos, mientras intercambiaban besos o la pausaban para dormir un poco. “Me gusta estar así con usted, me siento tranquila. Es raro, ¿sabe?”, le dijo ella esa mañana y le siguió diciendo el resto de tiempo que estuvieron juntos. Apenas llevaban saliendo tres semanas y los dos se trataban con rudeza para fingir que no se gustaban tanto, hasta que ella le dijo eso. ¿Por qué a ella le parecía raro sentirse tranquila con él?

A Laura la conoció en medio de una discusión política, pero ya la había visto antes. Aunque no era de su facultad, ella solía ir a las reuniones de los movimientos estudiantiles. El día que empezaron a hablar estaba discutiendo con un compañero de Pablo que le reclamaba por hacer proselitismo a favor de un candidato al Congreso.

—Yo no le veo nada de malo a que hagan manifestaciones políticas, en serio, ¿pero a favor de un político?

—No es un político tradicional, compañero. Es un defensor de la educación, un excombatiente que ahora busca en la democracia un espacio para los cambios estructurales...

Pablo intervino:

—Pero político al fin y al cabo, niña. —notó la molestia de ella al escuchar la palabra ‘niña’, pero siguió: —Vea, niña, ese tipo lleva como diez años con el mismo cuento de que no es tradicional y ustedes le siguen creyendo. Déjennos estudiar.

—Por culpa de la indiferencia de personas como usted, compañero, es que las universidades públicas se están sumiendo en un clima de represión.

—No, es por culpa de ustedes que se dejan meter en la cabeza vainas de políticos que se aprovechan de los movimientos estudiantiles. Vaya más bien a hacer algo productivo — Pablo sabía que ese tipo de palabras molestaban a los estudiantes activistas.

—¡Productivo para quién!

Cuando Laura lanzó ese grito, los que pasaban cerca se quedaron mirándolos. Pablo seguía tranquilo, mientras ella explotaba de ira ante ese pequeño burgués facho cuya

indiferencia podía ser más mortífera para la sociedad que el sistema económico.

No volvieron a cruzarse palabra durante las elecciones, hasta que se conocieron los resultados y el candidato al que apoyaba Laura no obtuvo los votos suficientes. Al otro día se la encontró de frente y le dijo:

—¿Ya compró la crema para las quemaduras?

Ella paró en seco, lo encaró con los puños apretados, le iba a lanzar el agua que se estaba tomando en ese momento, pero se calmó.

—Al menos me comprometí con algo. ¿Usted qué?

—¿Se acuerda cuando usted era toda mamerta? —le dijo Pablo esa mañana que pasaron juntos.

—Y usted era un guache, un grosero. En serio. —Pablo se reía al escucharla.

—Pero usted era insoportable. Ni estudiaba en economía y se la pasaba jodiendo la vida con que 'la falta de compromiso', 'no tienen conciencia de clase'.

—Todavía le puedo dar clase de eso, pequeño burgués.

—Menos mal usted estudió química y no sociología. Quién se la aguantaría.

Ella respondió con un enojo fingido, le pegó en el brazo y le dio un beso, y lo abrazó, y en lugar de dormir hicieron el amor otra vez.

—Es raro sentirme tranquila con usted, Martínez. En serio.

Ya habían pasado varios años de la discusión universitaria cuando Pablo la volvió a ver. Él recién llegaba de un intercambio estudiantil y estaba terminando las últimas materias de la universidad. Ese día salió tarde de la biblioteca, en el centro de la ciudad, y la vio hacer la fila para entrar a la estación del bus. Los separaban unas personas. Cuando entraron, él caminó un poco más rápido para alcanzarla. Ella se detuvo en la parada del bus y él, simulando que no la había visto, se hizo a su lado.

—¡Re acosador! Yo no sabía que ya me había visto. Qué miedo usted.

—Es que ese día se veía muy linda.

—Y lo peor es que sacó la excusa más boba para hablarme.

—¿Usted sabe si ya pasó el que va al portal?

—No.

—¿Será que se demora?

—Yo qué voy a saber. Mire el aviso, ahí dice cuánto falta.

—Ay, sí. Qué bobo yo... Yo a usted la he visto antes, ¿verdad?

—No sé.

—En serio. ¿Usted no estudiaba química en la Nacional? —Ella volteó a mirarlo. Lo reconoció.

—Y usted economía. Ya sé quién es usted.

—Perdone. Ya recordé —de hecho, ya había recordado con solo verla—. Creo que en esa época me pasó. Yo era muy bobo, ¿sabe? Me gustaba llevarles la contraria a los del movimiento.

—Ahí viene el bus que me preguntaba. Que le vaya bien.

—¿Y a usted no le sirve el mismo? Pues acá solo para ese —le dijo Pablo, y ella volvió a mirarlo y con sorpresa le pareció atractivo.

—Sí. ¿Usted va al portal?

—Sí, o no. O sea, sí, pero antes.

—¿No sabe dónde vive o qué?

Los dos subieron al bus. Ella tenía un bolso con una bata dentro, mal doblada.

—¿Usted siguió haciendo política?

—No —Laura había dejado de ir a las reuniones del movimiento estudiantil y del partido político cuando su mamá enfermó. Con su papá se turnaban para cuidarla, o para acompañarla al hospital. Los últimos días ni siquiera iba a la universidad, y cuando su madre murió, Laura suspendió clases por un semestre.

—¿Y eso por qué? A mí me parecía hasta admirable su compromiso con eso.

—Cosas que pasan. ¿Y usted ya terminó la carrera?

Pablo le contó que aún le faltaban unas materias y el trabajo de grado, que había estado seis meses de intercambio en México. Que allá había cambiado mucho. Le habló que se dio la oportunidad de darse una escapada de la economía y en México tomó una clase de literatura. Y hasta le contó de los proyectos que quería hacer en Colombia.

—Nunca me imaginé que a usted le apasionara algo. Usted se veía todo como 'me importa

un culo el mundo'. Ya me bajo acá. Que le vaya bien, ¿cómo es su nombre?

—Pablo, o Andrés. Mejor dicho, Pablo Andrés.

—Laura. Ese es mi nombre, por si no lo sabía. Nos vemos.

—¿Mañana en la misma estación?

—Chao —Laura lo miró y sonrió.

Pablo llegó a la misma hora que la había encontrado un día antes. Ella llegó diez minutos después.

—No pensé que estuviera acá.

Durante una semana ese fue su ritual. Pablo iba a la biblioteca hasta las siete de la noche y la esperaba sin planearlo en la estación. Ella salía a esa hora de trabajar, de un laboratorio químico en el centro de la ciudad. Le pagaban una miseria, pero era lo único que había podido encontrar.

Un día se quedaron hablando tanto, que a ella se le pasó la estación donde se bajaba siempre, así que se fue con él hasta el portal.

—Caminemos mejor —le dijo ella. —Ha sido hasta interesante hablar con usted estos días.

Así que a partir de la siguiente semana el ritual cambió: se iban hasta el portal, la última parada del bus, y desde ahí caminaban hasta la casa de Laura.

—¿No le da pereza esto? Usted se está como encartando conmigo —le dijo ella.

—A mí me gusta acompañarla. Si no, no lo haría —. Era un viernes cuando los dos hablaron de eso.

—¿Y por qué le gusta?

—Tomémonos una cerveza y le digo.

El teléfono del apartamento de su hermana lo trajo al presente. “No, no está. No, no creo que le interese un crédito”.

## Capítulo cinco

Laura subió a la terraza. Se quedó mirando las estrellas un rato mientras pensaba en lo que había pasado, aunque no podía organizar todo lo que había pasado. Pensaba en los gritos,

en los puñetazos, en la cara de Pablo, en los gestos del hombre que había ido a hacer el reclamo airado. Se tomó el rostro con las dos manos. Miró de nuevo al cielo, escuchó unos pasos y volteó a ver quién era.

—¿Cómo estás? ¿Quieres hablar?

—No, Victoria. Sólo quisiera perderme un rato.

—Puedes llamarme si necesitas hablar con alguien.

—Te llamaré.

Laura sabía que no la llamaría. O al menos no quería. Mientras Victoria se iba de la terraza, pensaba en que era la última persona con la que quería hablar. Aunque sabía que tenía muchas cosas que pensar: ¿ella también tenía VIH? ¿Pablo la contagió? ¿Ella contagió a Pablo? ¿Ricardo lo contagió? Tomó su teléfono, busco un número, guardado apenas con unas iniciales (LAMM), y le marcó: “Necesito hablar urgente con usted... ¿puedo pasar mañana a su apartamento? Nos vemos a las siete, entonces”.

LAMM era Luis Alfonso, un hombre diez años mayor que ella con quien tenía relaciones sexuales muy de vez en cuando, desde que tenía diecinueve años. Cuando su mamá murió, iba al apartamento de Luis y se quedaba unas horas, incluso cuando él no estaba, ojeando libros, viendo películas, perdiendo el tiempo. Solo una amiga suya sabía de la existencia de Luis. De resto, era un secreto. Se conocieron en un recital de poesía al que ella llegó de pura casualidad, un día que estaba caminando por el centro de la ciudad. Era un evento de hombres vestidos con boinas y abrigos y botas muy pesadas, y mujeres vestidas con pañoletas, collares y blusas de flores. Luis estaba sentado en la barra, tomando cerveza, junto a una amiga. A diferencia del resto, vestía una chaqueta de jean y una camiseta de flores. A Laura le llamó la atención de inmediato porque, además, tenía cierta arrogancia y cierta forma de dirigirse a la gente, entre odioso y muy amable, que le atraía. Laura aprovechó que la amiga se había parado y le preguntó que dónde estaba el baño. Él le respondió con una media sonrisa y le indicó el lugar.

—No se demore. No va a querer perderse el recital —le dijo él.

—Justo por eso me voy a demorar.

—¿Y entonces por qué vino?

Ella le respondió con otra sonrisa, fue al baño, se arregló el pelo, se retocó los labios para que le quedaran más rojos y regresó. Vio una silla en la barra y se sentó justo detrás de él.

Pidió una cerveza. El recital ya empezaba. Un hombre de abrigo se subió a la tarima y empezó: “La ciudad gris me consume con sus ojos de hielo / Es como una mujer con curvas sinuosas que me traga con su útero / Y yo la toco por donde nadie la ha tocado, la recorro”. Laura casi escupe la bebida, aguantando una risa. Luis se volteó a mirarla. Ella le señaló la tarima con los ojos y se tocó la oreja. Él sonrió. El hombre del abrigo siguió recitando y cuando terminó, Luis se acercó a Laura.

—¿Qué es la risita?

—No me pregunte.

—Le juro que no todos son tan malos.

Siguió otro poeta, que esta vez comparaba a la mujer con el mapa de una ciudad. Ya Laura y Luis tenían sus sillas más cercas. Ella pidió otra cerveza y brindó con él.

—Menos mal no son tan malos.

—Lo siento —rio él—. Bueno, sí son malos.

—¿Y usted no recita?

—Uy, no. Ahí sí saldría usted corriendo.

—¿Y su novia recita?

—Ella no es... No, ella no recita.

Laura lo miró, se tomó la cerveza de un sorbo y se despidió.

—Nos vemos.

—Eso espero.

Laura llegó al apartamento de Luis Alfonso. Llevaban varios meses sin verse. Él le abrió la puerta.

—Quiubo. Me asustó con esa llamada. ¿Qué pasó?

—Déjeme pasar y le cuento. ¿Tiene trago o alguna cerveza? —Laura se quedó parada en la entrada y echó una mirada—. Usted y su desorden. Pensar que le creí cuando me dijo que solo ese día estaba desordenado.

—Siéntese en el sofá y le traigo ¿tequila, whisky, cerveza? ¿Quiere comer algo?

—Hizo mercado. ¿Dónde hago la raya? Whisky y lo que tenga para comer.

Luis sacó una botella de la alacena, le sirvió un trago, sin hielo, y empezó a cocinar una carne de hamburguesa que tenía sobre el lavaplatos.

—Pablo tiene VIH.

Luis siguió asando la carne. Lavó un plato, lo secó con una toalla de papel. Partió tomate, cebolla. Sacó el queso en tajadas. Puso una butaca para alcanzar el pan, que estaba en lo alto de la alacena. Puso primero el queso en la carne, para que se derritiera un poco, y los ingredientes sobre el pan. Sirvió la hamburguesa en el plato. Caminó al sofá, se sentó frente a ella, le dio un beso en la frente y la pasó el plato.

—¿Hace cuánto sabe?

—Hace nada. Me enteré en una fiesta que hicimos en la casa.

—¿Y usted qué cree?

—Que tenemos que hacernos la prueba.

—Sí, obvio. Nos la hacemos. ¿Pero usted qué cree?

—Es que no le he contado todo —Y Laura le contó la discusión en la cena, le habló del tal Ricardo, de todo.

—Sería muy chistoso que usted se emputara con Pablo, ¿no?

—Yo sé. Igual me duele, sobre todo que haya sido con otro man. O sea, me da como en el orgullo. De todas formas, eso no importa. Tenemos que hacernos la prueba.

—Mañana, al mediodía. ¿Nos vemos en el Olaya?

—Nos vemos. ¿Puedo quedarme?

—Sí, pero ayúdeme a arreglar.

Esa noche del bar de poesía no volvieron a verse. Solo una semana después. Laura volvía a pasar y esta vez no había poetas, sino música. Un hombre con una guitarra trataba de cantar a Bob Dylan. Laura se sentó en la barra y lo vio. Esta vez no tenía la camisa de flores sino una de baloncesto. Luis se acercó.

—Vea que volvimos a vernos

—¿Y su novia?

—No era mi novia. O bueno, ya no es mi novia.

—No me trame con esas vainas. Si es su novia, todo bien.

—Las cosas son complicadas con ella.

—Yo lo escucho. Mejor escucharlo a usted que a la música.

Y hablaron. Él le mintió con la historia de la mujer de la anterior noche. Omitió fechas,

acomodó otras, de modo que pareciera que ya no estaban juntos. Ella solo lo escuchó. Se besaron. Él la invitó a su apartamento.

—Yo soy una muchacha que debe llegar a su casa temprano.

—Comprendo. Vayamos a comer helado mañana, pues.

—No sea bobo. Deme su número y su dirección y le llevo mañana.

Se veían cuando Laura iba a la universidad. Luis trabajaba como profesor y vivía cerca. Al principio se protegían. Tiraban, se quedaban hablando, mirando al techo. “Qué tranquila me siento con usted, ¿sabe?”, le repetía ella. Así pasaron unos meses, hasta que la madre de Laura agravó. Laura dejó de visitarlo. Luis la llamaba y era evasiva. Le respondía con monosílabos, se inventaba exámenes, parciales, trabajos urgentes que entregar. Luis dejó de insistir.

Por esos días Laura también dejó de ir a las reuniones del movimiento. Solo se quedaba junto a su madre y en las noches se sentaba junto a su padre. Miraban fotos viejas. Se turnaban para darle de comer, para acostarse a su lado. Ya solo era una cuestión de paciencia hasta que muriera. Ellos se resignaban, pero a veces les entraba un ataque de esperanza y hacían planes de lo que harían con la madre cuando se recuperara. Se imaginaban en playas, en el páramo, en la Macarena. Se imaginaban montando en bicicleta hasta los pueblos cercanos. Pero el cáncer de páncreas era muy severo y murió.

Laura intentó seguir las clases como si nada, pero el día en que cumplió veintiún años se sintió en un espiral sin salida. Se lo dijo a su padre.

—No puedo seguir. O al menos no ahora. Voy a cancelar el semestre.

—Te entiendo —la respuesta de su padre la sorprendió—. Además, me hace falta verte en casa más seguido.

Laura se dedicó al cuidado de la casa. Le hacía el desayuno a su padre antes de que él se fuera a trabajar. Limpiaba primero la cocina, luego los baños, Por último iba a la habitación que le había adecuado a su madre los últimos días de la enfermedad. Ella hundía su nariz en la ropa, en las joyas, en las sábanas, y dejaba todo recogido en cajones, sin lavarlo. Se rehusaba a mirar las fotos. Quería recordarla tal cual, no que una foto le distorsionara la imagen de su madre. No cocinaba. Eso lo hacía su padre cuando llegaba del trabajo. Veían televisión juntos. A veces salían a caminar juntos antes de que él se fuera al trabajo. A veces ella se iba a caminar por la ciudad, sin rumbo. Un día vio un aviso en un laboratorio en el

centro. Necesitaban a alguien que les ayudara a preparar las fórmulas y ella se presentó. Les dijo que necesitaba algo para emplearse mientras terminaba la universidad. A la dueña del sitio le cayó muy bien y la puso a trabajar al día siguiente.

—Es sano que encuentres algo que hacer —le dijo su padre cuando le contó—. De todas formas, no olvides la universidad.

Cuando ya llevaba tres meses trabajando en el laboratorio, Laura pidió el reintegro en la universidad. La dueña aceptó los nuevos horarios. Por ese tiempo fue que se reencontró con Pablo. Laura intentaba fijar ese encuentro con una fecha exacta. Solo sabía que había sido lindo el encuentro, pero no podía decir exactamente cuándo fue. Lo que sí recordaba fue el día en que llamó de nuevo a Luis. Era junio. Lo llamó un domingo que ella salió a montar bicicleta. Se vieron en el Parque Nacional. Él traía una pantaloneta y unas botas. Ella se burló. Caminaron un rato, comieron salpicón y se fueron a su apartamento. Tiraron como nunca lo habían hecho. Cuando se agotaron los condones, Laura se rehusó a seguir. Pusieron una película, pero las ganas les pudieron más. Lo hicieron dos, tres veces sin condón. Él hizo todo el esfuerzo por venirse fuera de ella.

—¿Qué tiene?

—Me da cosa... Usted sabe, me da cosa cagarla.

—Mañana la acompaño a comprar una pastilla del día después.

Llegaron al Olaya. Vendedores de lechona, puestos ambulantes de accesorios para celular. Ventas de fruta en carros de madera. Todo le hacía ruido a Laura. Ella solo quería salir rápido de eso. Entraron a un sitio con puerta blanca, la pintura descascarada. Adentro se veía mejor, más limpio. Con un poco de pena, preguntaron en la recepción. Les pidieron esperar. En la televisión se veía la cocina en un set de grabación, se escuchaban unas risas fingidas.

—¿Podrías apagar el televisor? —pidió Laura.

Se recostó sobre el hombro de Luis, cerró los ojos. A los pocos minutos los llamaron. Cada uno entró a un consultorio diferente. Mientras le sacaban sangre para la prueba, Laura pensaba en esos días en que conoció a Luis. Pensaba en Ricardo y la cara que tenía en la cena. Pensaba en Pablo y las veces que él le repetía que la amaba, que la adoraba.

—¿Cómo le fue? —le preguntó Luis al salir del consultorio.

—Bien. Que en una hora.

—Sí, en una hora. ¿Vamos a comer lechona? —Laura se rió con ese comentario.

—Caminemos por ahí.

Salieron a la calle. Llegaron a una gran cancha de fútbol. Un grupo de jóvenes se entrenaba. Se quedaron viéndolos. Miraron al cielo. Se estaba poniendo gris. Laura le propuso que comieran algo. Entraron a una cafetería donde también vendían ensaladas de frutas. Ella pidió una. Él preguntó que si tenían comida de sal. Pidió un churrasco.

—Y pensar que solo nos cuidábamos para que yo no quedara embarazada.

—Pero fueron pocas las veces sin condón.

—Pero fueron suficientes.

Recordaron ese día en que se fueron a comprar la pastilla del día después. En ese momento acordaron que ella empezaría a planificar. “Uno no sabe con las calenturas”, le dijo él. Es mejor cuidarse.

Después de tomarse la pastilla del día después, Laura pidió la cita médica para empezar a planificar. Por esos días fue su segunda cita formal con Pablo. Cuando se vieron, él la noto extraña, retraída. Asumió que era por la reciente muerte de su madre. Él trató de hacer chistes malos para distraerla y ella solo sonreía. Miraba la copa que se estaba tomando. Pablo empezó a contarle una historia personal, de su hermano, de su hermana, pero ella solo sentía el murmullo de fondo. Estaba pensando en lo cómodo que se veía Luis cuando le pidió que planificara. Esa imagen de la comodidad de Luis le volvió el día que se estaban haciendo la prueba. Él se comía el churrasco como si nada pasara con los dos. Como si simplemente se estuvieran haciendo una prueba para saber el tipo de sangre. Luis masticaba, le echaba salsa a las papas, se untaba la boca, miraba el televisor con las noticias, hacía un comentario sobre el presidente de turno y ella lo observaba con una mezcla de asco y curiosidad. No entendía cómo él estaba tan tranquilo. Tal vez quería verlo un poco más incómodo. Cuando ella se ponía pensativa, Pablo siempre lo advertía y trataba de hacerla con chistes malos o simplemente se quedaba a su lado, en silencio, sin hacer nada. De todos modos, no le podía pedir nada a Luis. Ese era el acuerdo tácito. Solo se comían, charlaban algunas cosas y se veían cada mes, cada dos meses.

Una semana después de la fallida segunda cita con Pablo, ella lo llamó. En lugar de disculparse por el mal rato que le hizo pasar, bromeó diciéndole que se vieran para ir a

caminar el domingo, que así le saldría más barato. Que ella no tenía ganas de ponerse linda, ni arreglarse. Que sólo quería verlo para sentirse tranquila. Sabía que esas palabras podían hacer que Pablo pasara por alto lo grosera que había sido. Porque no solo lo ignoró esa noche. Se levantó con la excusa de ir al baño y cuando ya habían pasado veinte minutos le escribió un corto mensaje de texto. “Sorry. Me fui”.

Y se vieron y empezaron a caminar por la carrera Séptima. Se metieron entre las calles para ver casas viejas y tomarles fotos mientras fantaseaban sobre cómo sería vivir en esos apartamentos inmensos. En efecto, ella se sintió tranquila. Notaba que Pablo tenía ganas de preguntarle algo. Se lo advirtió.

—No me pregunte de esa noche. Así estamos bien.

—Tranquila. Sé que es mejor no preguntar esas cosas.

Caminaron unas tres horas, tal vez más, tal vez menos. Ya era la tarde cuando Laura fingió que se sentía cansada, se recostó sobre un árbol, aprovechó que Pablo se había agachado para ver qué tenía y le dio un beso suave en la boca. Él le sonrió y ella lo besó de nuevo.

—Yo creo que usted no se habría animado.

—Tal vez sí, usted no me conoce.

—Me tocó a mí porque usted es muy tímido.

Se sentaron un rato al lado del árbol y ella apoyó la cabeza sobre el hombro de él. Cerró los ojos. Notaba que la respiración de él estaba agitada. Lo abrazó y le pidió que se tranquilizara. Él la besó de nuevo.

Laura deambulaba por esos recuerdos cuando Luis terminó de masticar su carne y pidió la cuenta.

—Yo invito —le dijo Luis—. No comió nada. ¿Todo bien?

—Todo bien... Se me quitó el hambre. Quiero recostarme un rato en el pasto. Acompañeme.

Se recostaron y él se quedó dormido al lado del árbol. Laura parecía comprobar una vez más por qué él siempre estaba solo. Cerró los ojos y trató de tener esa misma tranquilidad de él para ese momento. Sólo había pasado media hora. Se quedó viendo un rato la respiración de Luis y alzó la mirada a los buses que pasaban cerca del sitio. El estridente pitido. Los motores que arrancaban. Las voces que salían de las bocinas, los jóvenes que repartían volantes de exámenes de todo tipo. Las parejas, los hombres que caminaban sin

afanes. Dejó de mirar hacia la calle y volteó su cara hacia la cancha de fútbol. Trató de seguirle el ritmo al partido que veía, pero era sólo entrenamiento. Los gritos de los muchachos y la camaradería para ayudarse en las jugadas difíciles la distrajeron un rato. Se levantó y dejó dormido a Luis ahí en el pasto. Se acercó a la cancha. Se sentó en las gradas. Había otras personas como ella, mirando a los jóvenes futbolistas para matar el tiempo. Un hombre con chaqueta desteñida, una mujer vestida con sudadera ancha. Un niño que corría por las gradas emulando las jugadas. Los muchachos corrían, respondían a los gritos del entrenador. El cielo se puso gris y los grandes goterones empezaron a rebotar sobre las latas de las gradas. Un sonido seco. Los futbolistas recogieron todo y corrieron a resguardarse en una carpa cercana. Ella volteó a mirar hacia donde estaba Luis y lo vio ya incómodo con la lluvia, buscándola con la mirada. Laura se acercó.

—Vamos. Creo que ya es hora —le dijo. Él miró el reloj.

—Faltan como diez minutos. Vamos a ver.

Llegaron al laboratorio. Preguntaron en la recepción con sus nombres. La recepcionista se levantó a una puerta cercana, recogió de una repisa unos sobres, se sentó, tecleó unos números en el computador, le pasó a Laura los sobres sellados y fingió una sonrisa. La mujer tomó su celular y ahí sí sonrió de verdad.

Laura tomó el sobre lo abrió enseguida. Luis aún no tomaba el suyo. Ella vio el resultado. No dijo nada. Él sujetó su sobre, lo abrió, miró la hoja y suspiró con alivio. Le mostró la hoja a Laura.

—A celebrar pues. Yo sabía que no iba a pasar nada —le dijo Luis.

Una línea roja se pintó en los ojos de Laura, ya agudados. Sonrió y salió a la puerta, sola, casi corriendo. Volvió a abrir el examen afuera, mientras la lluvia le mojaba el papel. Dio un suspiro hondo y guardó el papel en el bolsillo trasero. Volteó a mirar hacia el laboratorio. Luis la miraba, aún parado al lado de la recepción. Ella le hizo un gesto con la mano y estiró la mano al primer taxi que vio.

Laura llegó a su casa. Se recostó en su cama un rato, tratando de dormir. No entendía por qué ella sí había dado positivo y Luis, tan fresco, tan descarado, seguía negativo. “Puede ser un error”, pensó. “Puede que los resultados se hubieran mezclado, que su sangre se haya confundido con la de otra persona. ¿Y si fui yo la que contagió a Pablo? ¿Y si él me contagió?”

¿Y si ambos contagiamos al tal Ricardo?”. Salió de su habitación, entró al baño, se miró al espejo y su cara se ensombreció. Intentó llorar. Ni lágrimas le salían. Tomó su celular y buscó el número de Pablo. Le iba a marcar. Se detuvo. ¿Esperaría a su padre para contarle? Cerró los ojos y prefirió salir a la calle. Ya el cielo estaba despejado. Caminó. Llegó al parque cercano, se sentó en el columpio y se quedó mirando a un niño que se deslizaba por el tobogán mientras su madre miraba el celular. El niño hacía maromas para que su madre lo mirara. Recordó cuando bromeaba con Pablo con que tendrían hijos y los dejarían ser los niños más caprichosos del mundo. Pablo decía que mejor lo iba a meter a una escuela de fútbol desde bien pequeño para que a los dieciséis lo fichara un equipo grande y a los dieciocho ya estuviera ganando una millonada para mantenerlos a ambos. “¿Y si mejor se vuelve ciclista?”, le preguntaba ella. “No, ciclista, no. Se matan mucho y no ganan tanto como un futbolista”. “Igual, estoy muy joven. Tú estás muy joven. Pasemos bueno”. Cuando dejaban de fantasear con los niños que tendrían empezaban a pensar en las casas que comprarían, en los viajes que harían, en las fiestas que harían con amigos para presumirlos sus lujos. Sonrió y por fin pudo llorar. De nuevo, tomó el celular en sus manos, buscó el número de Pablo y marcó.

Victoria llegó en la noche a casa. Pablo estaba recostado en el sofá y se levantó al verla.

—Nos vamos a ver mañana.

—¿La llamó?

—Ella me llamó.

—¿Qué le dijo ella?

—Nada. Simplemente que nos viéramos.

—¿Dónde se van a ver?

—La cité acá.

—Gracias por pedirme permiso.

—Cociné algo para que cenemos.

—Tan considerado, pues. Pero comimos mucho en la fiesta donde estábamos. Más bien, para mañana.

—¿Y William?

—Si le contara.

—Pues cuénteme, Victoria. Yo soy su hermano.

—No. Mejor no. Tengo mucha rabia. Mañana, con calma. ¿Por qué no busca una película y la vemos?

Pablo había empezado a ver la película de un pensionado que salía en una casa rodante a recorrer sitios de su infancia y su adolescencia antes de llegar al matrimonio de su hija, que se iba a casar con un hombre que no sabía nada de finanzas y terminaba gastando dinero propio y ajeno en pirámides que, según él, no era pirámides. La esposa del pensionado había muerto y él se enteró de que ella le había sido infiel hace treinta años con su mejor amigo. Pablo puso la película desde el principio y notó que su hermana refunfuñaba con cada escena. Le preguntó que si estaba bien, que si quería que la cambiara, pero ella le dijo que no, que terminaran de verla, que estaba buena, que le caía mal el protagonista, pero que no importaba. Pablo se sentía un poco mal al verse reflejado en el egoísmo de Schmidt, el personaje principal, pero el final de la película lo hizo sentirse bien. Lloró al tiempo que Schmidt soltaba la lágrima de la última escena.

—Chimbo —dijo Victoria.

—¿Por qué? A mí me gustó, es como si el tipo se diera cuenta de que se había estado preocupando por pendejadas.

—Pero dejó que la hija se casara con semejante imbécil.

—Pero lo hizo porque la quería, ¿no? La hija no iba a aceptar que él siguiera metiéndose.

—Chimbo.

Verónica se paró a la cocina y abrió las ollas para ver lo que su hermano había cocinado. Se sirvió un poco, sin calentar nada. Pablo se quedó mirándola, tomó aire y le lanzó una pregunta que quería hacerle desde hace años.

—¿Usted cómo hizo para perdonar a mi papá?

—¿Perdonar qué?

—Usted sabe de qué hablo.

—Hay cosas que uno no perdona, Pablo. Simplemente dejé de pensar en eso —respondió Victoria.

El golpe en esa fiesta de cumpleaños no fue el único. Más de dos años después, cuando Victoria estaba celebrando haber pasado a la universidad, su padre la agarró a correazos con la excusa de que la estaba castigando por llegar a la medianoche a casa. Pablo lo vio todo

desde las escaleras, mientras su padre, ebrio, se ensañaba contra ella.

—¿Usted ha hablado de eso con alguien? —insistió Pablo.

—No... Sólo con usted hoy. ¿A usted por qué le dio por preguntarme eso? Yo pensé que no se acordaba.

—Es algo que tengo bien presente. Yo tampoco lo he hablado con nadie.

—¿Por qué se acordó?

—No sé... Ver a mi papá en la cena, cuando llegó Ricardo, después de la pelea, no sé. Algo no me cuadraba. ¿Será que habría reaccionado igual si hubiera sido una mujer la que fue a hacer el escándalo?

—Y mi hermano, ¿usted no le contaba estas cosas?

—Jamás. Vea, yo quiero mucho a mi hermano —Pablo tomó aire y siguió—, o sea, es mi hermano, crecimos juntos, pero había cosas que nunca me gustaron y que yo toleré... Sí, si hubiera sido una mujer la del escándalo, él ya me habría llamado a hacerme chistes de doble sentido y a decir que al fin de cuentas así éramos los hombres... Seguro pensará que yo ya no soy hombre.

—Saúl no es que sea santo de mi devoción. Es mi hermano, como usted, pero nunca he hablado con él más de una hora, solo para contarnos cosas como del apartamento. Con William sí hablan.

—A veces pienso en no volver a hablarle a mi papá, pero me da un poco de embarrada con mi mamá. Me gustaría llamarla, no sé.

—Vea, lo de mi papá pues ya no me importa. Yo creo que a la que le tengo más rabia es a mi mamá. Ella sabía que mi papá la engañaba, y hasta le pegó un día, no sé si él le pegó más veces, y ella no hizo sino ponerse del lado de él cuando me fui de la casa. Una vez le dije que era una boba, y ella me dio una cachetada. Esa me dolió más que la de mi papá. Bacanas las historias en las que la mujer se llena de valor y deja al hijueputa. Acá no pasa. Y cuando le dije que por qué se aguantaba eso, amenazó con darme otra cachetada y me dijo que no lo entendería, que cuando creciera tal vez sí, que mi papá nunca había fallado en sus deberes. Que teníamos una nevera llena de comida y ropa nueva. Que no me quejara.

—¿Usted cómo hace para guardarse todo eso en las reuniones familiares? Si uno la ve a usted, diría que se lleva divinamente con todos.

—Yo tampoco sé. Supongo que por parecer que tengo una familia. Aunque yo ya no me

siento parte de ustedes.

—Yo tampoco. No sólo por la enfermedad, ¿sabe? Sobre todo por mi hermano.

—Usted está joven. Haga lo posible por no parecerse a él ni a mi papá. Mi hermano jura que ustedes son iguales. Yo sé que no es así.

—Si fuera una mujer, en serio, si fuera una mujer en lugar de Ricardo, ya me imagino a ambos llamándome e invitándome a tomar. Creo que más que a mi papá, es a mi hermano al que no quisiera seguir viendo. No sé.

—Me sorprende que me diga esto pero a la vez no. ¿Qué le fastidia de Saúl?

—Todo y a la vez nada. Esa risa socarrona. Aunque hubo algo, un día. Yo era un pelao y pasó algo que me incomodó, no sé.

Pablo le contó a Victoria la historia de Cuevas, del problema de matemáticas, de la humillación frente al colegio. De que el tal Cuevas duró dos días sin ir al colegio, de la cojera después de la supuesta broma de su hermano. Aunque no se lo contó a Victoria, Pablo recordó la mancha de sangre que había quedado en el calzoncillo de Cuevas el día de la humillación. Esa mancha de sangre había quedado como una marca. Nunca se la pudo borrar. Pablo, al final de la universidad, pensó en buscar a Cuevas y lo encontró en Facebook. Ya no usaba el nombre por el que lo llamaban los profesores, sino otro. Era Cuevas. En su foto de perfil, Cuevas aparecía sonriente, a la orilla del río, con un sombrero de pescador y un mico al hombro. En otra foto, Cuevas aparecía con un micrófono, en una mesa, como dando una conferencia a un grupo de niños. Cuevas ya no era ese niño del calzoncillo lleno de sangre, sino un hombre que defendía una causa. Pablo tampoco le contó de esas búsquedas en Facebook a su hermana.

—Y yo me reía, fingía reírme, Victoria. Yo habría podido hacer algo. En serio que sí. Y como yo me reía, entonces Saúl me volvió como su cómplice en otras historias, incluso peores.

—Usted era un niño, Pablo. No se dé de duro. Y él era su hermano. Mis papás siempre hicieron presión para que ustedes parecieran unidos.

—Pero ya más grande habría podido hacer cosas para dejar de celebrarle la brutalidad a Saúl — Pablo suspiró y pensó que ya era hora de contarle otra historia, que nadie sabía, salvo su padre, que fue el mayor cómplice de Saúl en ese momento. Guardó silencio un rato y su hermana lo miró atenta, esperando a que él siguiera. Pablo solo atinó a suspirar de nuevo

y voltear la mirada.

—Usted todavía está muy joven —dijo Victoria. —Vea, está aprendiendo. Lo peor es que siguiera igual.

—Tal vez tenga razón, pero me siento mal.

—Y le toca asumir esa culpa, porque qué.

—Así es.

## Capítulo seis

“Maricón”. Se lo decían a veces en el colegio. Se lo repetía su madre. “Maricón”. Ricardo ya había hecho callo cuando alguien trataba de humillarlo, pero cuando se lo dijo Pablo le dolió como nunca. Recordó la terapia de curación a la que lo obligó su madre, los rezos en voz alta, las filosas palabras bíblicas. Recordó que le había contado todo eso a Pablo, que pensaba que él lo comprendía. Cuando salió de la tienda donde Pablo le había reprochado por el examen, llamó a su padre.

—¿Ese milagro, mijo?

—Quería saludarlo y saber cómo está, papá.

—Bien, ya sabe. —Ricardo escuchó el suspiro de su padre— Lo de su mamá, bueno, ya sabe.

—No sé por qué se la aguanta todavía.

—Yo creo que ella tiene un problema.

—¿Y Alejandra?

—Si le contara... Le dieron una beca, está muy contenta. Bueno, es una carrera de jipis, —su padre soltó una carcajada— pero la idea es que se vaya a vivir a Bogotá. La vaina es que todo está muy caro. Los arriendos,

—Me imagino a mi mamá.

—Me toca avisarle cuando Alejandra ya esté en Bogotá estudiando.

—¿Necesita que le ayude? Mi apartamento tiene otra habitación. O si quiere le ayudo a pagar algo cerca de la universidad.

—Yo le aviso. Ahora sí le acepto la ayudita... ¿Usted cómo está, mijo?

—Pasándola, padre. Con problemas que no faltan, —suspiró— pero nada que no tenga solución.

—Cualquier cosa, me avisa, mijo. Lo quiero mucho. Le tengo que colgar que viene mi jefe.

Su padre siempre cerraba las conversaciones así, con un *lo quiero mucho*, y por eso lo llamó, para buscar la frase que lo reconfortara. Tomó un taxi a su apartamento. Tenía mucho trabajo por hacer. Trabajaba en una firma de abogados que se dedicaba a litigios económicos. También dictaba clases de inglés personalizadas. Le iba a bien. Al llegar, prendió su computador, abrió las sentencias que tenía que leer, pero se distrajo buscando videos de fútbol en YouTube. No podía concentrarse. Tomó su número, envió un mensaje para avisarle que tardaría un poco en revisar el caso. Se recostó para tratar de dormir. Sabía que tenía que hacerse la prueba. No pudo dormir. Recordó la segunda vez que besó a Pablo, que fue también la primera vez que follaron. Pasaron dos semanas sin verse. Iban a partidos diferentes. Hasta que una noche se encontraron en el paradero de bus cercano a la cancha. Parecía que Pablo ya estaba de ida, Ricardo recién llegaba. Pablo lo vio, esquivó la mirada irguió la espalda y se puso tenso.

—Hombre, no le voy a hacer nada. Todo bien.

—Todo bien. Solo tengo afán.

—Yo quería pedirle perdón por lo de...

—No tiene que pedir nada, hermano. Ya, fresco.

—Yo juego ahorita. Al menos acompáñeme y miramos a ver si juega.

—Tengo afán, en serio.

—Yo también le pido el favor en serio. El extremo que nos conseguimos es bien tronco.

—Pero yo acabo de salir de jugar. Estoy cansado.

—¿Seguro estaba jugando?

—Sí, —Pablo dudó— seguro.

—Acompáñeme —Ricardo le sonrió.

Ambos entraron al partido. Fue un desastre. Los compañeros de equipo le reclamaron a Pablo. “Papi, está desconcentrado”. “Hermano, el delantero de ellos ni le llega al hombro. Cómo se deja ganar el cabezazo”. Ricardo les pedía calma, que tal vez solo era un mal día. Al final del partido, tomó del brazo a Pablo, le sonrió y le hizo un gesto con la mano para que se despreocupara. Ricardo se fue a las duchas, se vistió y notó que Pablo entró solo hasta que lo

vio vestido. Dio un resoplido y sonrió. “Lo espero afuera, Andrés”.

Pablo tardó más de media hora en salir. Se veía nervioso.

—Nos están esperando para la cerveza. Vamos.

—Hombre, en serio tengo afán.

—¿Afán un viernes? No diga que trabaja mañana.

—Sí, o sea, no. Es que tengo que hacer...

—Yo le ayudo.

La calle estaba mojada. Caminaron las dos cuadras con cuidado de no mojarse en los charcos. Cuando llegaron a la tienda, los recibieron con aplausos irónicos. “Hermano, ¿qué le pasó hoy? No daba una”. “Ya, no jodan al man. Hay días de días. Más bien, ¿qué estamos tomando?”, terció Ricardo. Estaban bebiendo lo de siempre. Pablo suspiró, tomó una copa y se la tomó de fondo de blanco. Cerró los ojos. Ricardo lo estaba mirando. Se sentaron uno al lado del otro. “Relájese, hermano”, le dijo Ricardo. “Estamos entre amigos”. Dos horas después, Pablo lo estaba besando en el baño de la tienda. Tres horas después, se estaban comiendo sobre la cama de Ricardo. Ocho horas después, Pablo le acariciaba las piernas entre las sábanas para pedirle un beso más. Doce horas después, Ricardo miraba a Pablo, que dormía a su lado. Catorce horas después, Pablo despertaba con dolor de cabeza, tratando de reconocer con su mirada el sitio donde estaba, mirando con extrañeza a Ricardo.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Después de decirlo eso, Ricardo lo besó y le prometió un desayuno, un vaso de agua y una aspirina.

—Yo prefiero irme ya.

—No sea bobo.

—En serio, ya me voy.

Pablo se quedó mirando las sábanas. Vio una mancha roja. Ricardo sonrió y lo abrazó.

—Lo que le dije, hay una primera vez para todo. Huevos... ¿fritos, revueltos, pericos?

—Me voy... Revueltos.

Desayunaron. Pablo mantuvo la mirada abajo y tragaba rápido. Ricardo tenía la espalda erguida y hasta se sentía más alto. Masticaba despacio. Movía la cabeza al ritmo de una canción que tarareaba. Pablo terminó primero, llevó los platos a la cocina y abrió la llave del lavaplatos.

—Deje eso ahí, hombre. Yo lavo todo más tarde.

Pablo se quedó parado en la puerta de la cocina. Ricardo seguía comiendo, moviendo la canción al ritmo de la canción que sonaba en su cabeza.

—Tengo ganas de bailar, pero el guayabo no me deja. Deberíamos ir a bailar un día, ¿no le parece? —Pablo no respondió. Ricardo terminó su desayuno. Con una mano amontonó las boronas de la mesa. Se paró, fue a la cocina, sujetó a Pablo de la cadera para cruzar a la puerta, abrió la gaveta bajo el lavaplatos, sacó un trapo y volvió a salir a la sala. Llevó las boronas al borde de la mesa y las dejó en uno de los platos. Recogió los individuales y los puso en el centro de la mesa. Pablo suspiró y se fue a la sala. Se sentó en el sofá y se quedó mirando la puerta.

—Yo creo que ya me voy.

—Espere termino de arreglar esto.

Ricardo llevó los platos a la cocina. Pablo solo oía el sonido de los cristales, de la esponja, del agua. Prendió el televisor, pasó canales y lo dejó quieto cuando vio un partido de fútbol. Un gol. Gol de chilena en un clásico de Manchester.

—¡No me crean tan hijueputa!

—¿Qué pasó? —preguntó Ricardo.

—Un golazo de puta madre. De pura chepa lo puse justo cuando lo hizo.

—¿Quién?

—Rooney, en pleno derby.

Ricardo corrió al sofá para ver la repetición. Sin duda, un golazo.

—El que es crack es crack.

Volvió a la cocina. Pablo siguió viendo al partido. Cuando se terminó, dejó de escucharse el sonido de los trastes. Pablo escuchó un suspiro, apagó el televisor y se llevó las manos a la cabeza. Sintió que Ricardo se sentó al lado.

—¿No que se iba?

—Sí.

—Bueno, pues vamos y le abro la puerta de abajo.

—Espere...

—Espero... ¿qué quiere que espere? ¿Quiere hablar de lo que pasó?

—No.

Y no hablaron de lo que pasó. Se quedaron canaleando para buscar más partidos. Ricardo

contestó una llamada. Colgó. Le contó a Pablo que era su padre. Le contó una parte de la historia. Se quedaron hablando de la chilena de Rooney. Recordaron la de Rivaldo al Valencia. Hablaron de fútbol. Recordaron el Mundial de 2010. El partido de Uruguay contra Ghana. La final de España. El gol de Iniesta. Se lamentaron por los años que completaba Colombia sin llegar al Mundial. Nunca hablaron del tema. Pablo se fue cuando ya estaba oscuro.

Volvieron a verse en el partido del jueves. Jugaron y en las duchas, cuando ya nadie estaba, volvieron a amarse. Y así siguieron.

\*\*\*

Pablo suspiró, tomó su celular, buscó el número de Ricardo y lo llamó. No hubo respuesta. Pablo intentó dos veces más. A la cuarta, Ricardo respondió.

—Tenemos que hablar.

—¿Por qué hasta ahora?

—Hablé con Laura...

—No empiece por ahí, por favor, que todo quedó muy claro la noche esa...

—Y ella dio positivo...

—¿Y también tengo la culpa de eso? ¿Sabe qué? Hablamos más tarde...

—No, no, no es por eso. Es que ella... Pues ella.

Pablo le contó. Le contó lo que Laura le había contado. O una parte de su historia. Porque su primera reacción fue violenta: cuando Laura le dijo que había estado viéndose con otro hombre, con un hombre mayor, Pablo manoteó la mesa del comedor de su hermano. No se imaginaba que esa Laura podía hacerle eso. “¿Usted por qué me hace esto?”. Gritó. Su espalda se puso tensa, más ancha. Ella ni se inmutó, lo miró a los ojos. “Usted es un poco descarado. Le cuento porque quiero contarle, porque lo quiero y porque debe saber”. Pablo se imaginó siempre que Laura llegaba juiciosita a su casa todos los días, que ella se sentaba con su padre a ver películas y ya. O a recordar a su madre muerta. O que solo salía con amigas y compañeras de trabajo a divertirse. Que Laura no salía incluso cuando él salía. Que ella siempre estaría ahí esperándolo para hablar de cualquier cosa, para acompañarlo a construir una vida tranquila. Que, claro, él podría salir cada noche con esa confianza de que ella estaría ahí en su casa. Y mientras Laura le contaba que tiraba con ese hombre mayor antes de conocerlo a él, a Pablo, Pablo sentía que la cabeza le explotaba, que el pecho le apretaba, que

quería romper todo. Al fin de cuentas, que no la conocía.

—Y yo tampoco lo conocía a usted, Pablo Andrés.

—¿Por qué me hizo esto?

—No le hice nada.

Pablo se sujetaba la cabeza. Cerraba los ojos. Se paraba. Daba vueltas por la sala del apartamento. Laura solo lo miraba.

—Asuma esto que le estoy contando así como yo tuve que asumir lo de esa noche.

Pablo se sentó. La miró a los ojos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—La prueba confirmatoria, claro...

—Y...

—Y quiero que me cuente más de Ricardo.

—¿Para qué?

—Yo le estoy contando algo, siendo sincera. Sea sincero por una vez en la vida. Y si él nos contagió, o lo contagió —quiso decirle “o si ambos lo contagiamos”, pero qué más da.

—Pues ni le quita ni le pone que me cuente.

—Por favor, hablemos de eso.

Laura siempre había admirado la determinación que Pablo tenía para hacer las cosas. Para ella, Pablo nunca dudaba. Pablo no era indeciso. Pablo siempre sabía dónde irían a cenar, qué cenar, qué película ver. Pablo la tocaba con firmeza, la besaba con firmeza, se tiraba con firmeza. Pablo sabía qué hacer con su vida. Pablo no dudaba cuando estaba con ella. Aunque le molestaba que en medio de esa dureza no se permitiera ser sensible, hablar de lo que le molestaba. Una vez, estaban en un bar con Saúl, su hermano, y Saúl empezó a contar la famosa historia de la *travesura* en la supuestamente se desquitaron del sapo del salón que lo hizo quedar mal frente a todos. Porque, según Saúl, era un sapo que les caía mal a todos. Solo quería quedar bien ante los profesores. “Y usted lo viera como quedó caminando”. Y Saúl se carcajeaba. Laura notó que, cuando Pablo creía que nadie lo estaba viendo, bajaba la cabeza y soltaba un violento suspiro con la historia de Saúl. Y luego se entonaba con el ambiente y volvía a reír. Saúl siguió contando más historias. Que la vieja que se tiró en una finca. Que el maricón que le habló un bar al que le zampó un puño para que aprendiera. Pablo repetía el mismo gesto cada vez que su hermano se carcajeaba. Laura lo

notó y, al salir del bar, le preguntó que si le pasaba algo. “Ese Saúl es un cuento”, se limitó a responder. Quiso preguntarle que si había algo que le molestara. Nunca lo hizo. Pablo siempre se ufana de tener una familia perfecta. Y ya.

Así que Pablo le contó sobre el día que conoció a Ricardo. Del primer día que estuvo con Ricardo y de cómo se seguían viendo con excusas de partidos o jornadas de estudio. Por primera vez, Laura lo vio vulnerable. Por primera vez, le preguntó si había algo que le molestara de su familia. Por primera vez, Pablo le contó de su padre, de su hermana, de los golpes, de los engaños, de la falsa complicidad entre hermanos. Y le habló de un Ricardo que tenía una madre abusadora. Ella quiso abrazarlo, besarlo y decirle que lo amaba, pero aún tenía mucha rabia de lo que pasaba. Ella quiso decirle que estaría con él sin importar nada.

—¿Y Ricardo ya se hizo la prueba?

—No... No sé.

—Debería hablar con él también.

—No sé si quiera hablar conmigo.

—Yo tampoco quería hablar con usted y ahora le estoy pidiendo que hable con el man con el que me engañó —ambos se rieron.

—Yo sé.

—Y por eso, Ricardo, por eso lo llamé para que habláramos.

Ricardo se enojó mucho más. Se enojó con Laura, sobre todo. Pablo lo culpó por prenderle una enfermedad de maricas sin permitirse desconfiar de la bien portada Laura. Y lloró y se lo dijo.

—No es necesario que me pida que me haga la prueba. Mire lo que acabo de enviarle...

Ricardo recibió la foto de un resultado médico, y la palabra NEGATIVO le estalló en la cara.

—Tampoco es necesario que sigamos hablando, Pablo. Usted quería hablar conmigo y ya hablamos —colgó.

Laura aún estaba con Pablo cuando llamó a Ricardo. No podía escuchar lo que pasaba al otro lado de la línea, pero sí fue testigo de todo lo que pasaba por la cara de Pablo. Él le pasó el teléfono con la foto abierta. Ella la miró y no se sorprendió.

—Supongo que tenemos que hacernos la prueba confirmatoria.

Pablo asintió sin mirarla a los ojos, y le brotaron unas ganas inmensas de estar con Ricardo en ese momento. Pensó que no quería perderlo. Pensó que tampoco quería perderla a ella. Pensó que no sabía qué pensar.

—Vayamos mañana a hacernos esa prueba.

—Está bien.

Pero no estaba bien. Después de que Laura se fue, Pablo tuvo el impulso de buscar a Ricardo en su apartamento. De pedirle que le dijera que todo iba a estar bien. De rogarle que lo consolara, que se acostaran como dos niños así como lo hacían después de esos partidos de fútbol acalorados en los que terminaban con ganas de comerse a sí mismos. Ya qué más daba la prueba. Ya qué más daba el trabajo. Sólo quería tener a Ricardo en sus brazos para que le dijera que todo iba a estar bien.

Al día siguiente se vio con Laura para ir juntos a hacerse la prueba confirmatoria. Ella tenía una blusa negra de flores y el sonrió al verla, con ganas de abrazarla. Llegaron al consultorio, pidieron un turno, esperaron. La televisión prendida mostraba las noticias de una resolución de la ONU que podría reconocer a Palestina como Estado, y aparecían las imágenes de unas banderas de Palestina izada en las fachadas de tiendas de ropa para niños en el centro de Bogotá. “Es un momento histórico”, decían esos palestinos desterrados desde hace medio siglo en esta ciudad. Laura comentó que ojalá los reconocieran como Estado, que la ocupación de Israel tenía que parar. Pablo le dijo que eso no era tan fácil, que los palestinos han cometido atentados terroristas, que le daba pesar por todos esos que estaban acá en Colombia, pero que la realidad ha cambiado y que ahora Israel era un gran aliado de países democráticos.

—Se me olvidaba que usted era tan facho.

—Facho no, Laura. Solo digo la verdad.

—No empecemos —sonrió y le revoloteó los pelos de la cabeza. Tuvo el impulso de darle un beso, pero lo aguantó.

Se quedaron viendo las noticias. La del arranque del proceso de paz llamó la atención de Laura, que lo celebró.

—No vaya a hacer un comentario sobre esto, Pablo. No empecemos.

—No iba a decir nada, al menos no por ahora...

Ambos rieron. Él se sintió como si aún estuviera en la universidad, discutiendo en la cafetería con los del movimiento estudiantil. Como si estuviera alistándose para debatir acaloradamente con una joven estudiante de química que ahora, ahora, lo acompañaba a hacerse un examen. Se sentía como si estuviera empezando a conocer a una mujer que ya conocía. Ya no pensaba en Pablo. Sólo se quedaba mirando el rostro con el que Laura parecía estar concentrada en las noticias, preocupada genuinamente por un país que a veces a él no le importaba. Agradeció que la televisión estuviera prendida para recordar esos momentos en que empezó a enamorarse de ella. Laura se percató de que él la miraba con atención. Sonrió con burla, le agarró la mano, la soltó y siguió viendo las noticias, hasta que la llamaron para hacerse la prueba.

—Suerte.

—Eso le digo.

## Capítulo siete

Entraron a una cafetería cercana. Pidieron un jugo. Él, de mandarina; ella, de maracuyá.

—Ahora, esperar una semana.

—Qué más se puede hacer...

—¿Qué va a hacer más tarde?

—Tengo que hacer una vuelta.

—Es que —Pablo dudó— es que ¿quiere hacer algo conmigo más tarde?

—No sé... ¿y cómo hacer qué o qué?

—No sé, diga usted.

—¿Comer, tomar algo? Si me dice que hagamos algo, pues supongo que ya tiene algo en mente.

—Vayamos a caminar por ahí y decidimos. Ah, pero su vuelta...

—No es nada.

Caminaron por la carrera Séptima. Se rieron de sus primeras citas. Pararon a comer mango en un puesto callejero. Llegaron a una tienda. Pidieron dos cervezas para aprovechar

el calorcito de esa tarde y se sentaron en las mesas de afuera.

—¿Usted quiere decirme algo? —preguntó Laura.

—¿Por qué lo dice? Solo quería estar con usted esta tarde.

—Suenan a que quiere decirme algo.

Pablo se tomó un sorbo largo de cerveza. La miró. Pensó en Ricardo, quiso llamarlo, quiso contarle a ella lo que estaba sintiendo, que lo extrañaba, pero que no quería dejar de estar ahí con ella.

—¿Por qué nunca me había dicho lo de su familia?

—No sé...

—¿Ve? No lo conozco.

—Yo tampoco la conozco.

—Pero lo que le conté del man ese es apenas un detalle. Lo otro usted sí lo sabía. Lo suyo es más pesado.

Se quedaron en silencio varios minutos. Se tomaron una, dos, tres, cuatro cervezas. El calor los hizo entrar al local. Se sentaron uno al lado del otro. Pablo le agarró la mano.

—Yo quiero que me perdone.

—Yo también quiero que me perdone, Pablo, pero, sobre todo, quiero perdonarlo.

Él la abrazó y se sintió vulnerable. Lloró un rato. Le pidió que lo abrazara. Su gran cuerpo se encorvó y puso la cabeza sobre el hombro de ella, para que lo consolara. Para que le dijera que todo estaría bien.

—Más allá del resultado, usted sabe que ya los tratamientos han avanzado y que pues la vida será normal. Usted tiene ahora un gran trabajo, el trabajo soñado, y seguro va a poder hacer una buena plata. Pero también tiene que hablar con su familia, con su papá. Confrontarlo.

—¿Y usted y yo?

—Nada. ¿Qué espera que pase acaso? Solucione todo.

—¿Ya le contó a su papá?

Laura sabía que todo este tiempo con Pablo incluso era una forma de eludir lo que tenía que decirle a su padre, contarle, explicarle.

—Le contaré... ¿Y este tipo, Ricardo?

Pablo pidió otra cerveza. Se la tomó de tres sorbos. Y fue sincero y le dijo. Le dijo que era

raro lo que sentía porque quería estar con él y no quería perderla. Que ella lo hacía sentir de una forma y él de otra. Y que ahora, en ese momento, él estaba confundido porque estaba empezando a sentirse vulnerable con ella, expectante, que quería que ella lo arrullara y le dijera que todo iba a estar bien.

—Lo único que le puedo decir es lo que ya le dije. Y no sé si va a estar bien. La salud, seguro que sí. Lo otro, pues qué le dijera. No le veo mucho sentido a que quiera seguir conmigo. Ahora sí me voy. Yo invito las cervezas.

Pablo llegó al apartamento de su hermana. Escarbó en la nevera por una cerveza, se recostó sobre el sofá y solo pensaba en una cosa. Confrontar a su padre. Su padre. Ese hombre robusto que usaba camisas leñadoras y que no soportaba ninguna “sensiblería ridículo”. Ese hombre que le enseñó a montar bicicleta un viernes, un viernes de “Hoy usted no va al colegio porque tiene que aprender a hacer algo más importante”, y que no descansó hasta que Pablo pudo montar sin ayuda de nadie. Ese hombre que no lo regañó por perder álgebra, sino que se sentó con él todas las tardes de ese noviembre para repasar uno a uno todos los problemas del Álgebra de Baldor, todos los casos de factorización; un señor que le decía “no hay que llorar sobre la leche derramada, y si pierde el año por álgebra, ese será suficiente castigo”. El hombre que le enseñó a preparar un asado, a hacer el fuego para la carne, a no tener que pedirle ayuda a nadie para arreglar la bicicleta. Ese mismo señor que se le burló a carcajadas por llorar la muerte de Mufasa. Un hombre de pelo en pecho que lo reprendió por no pararse como hombrecitos y berrear como nena el día que tuvo que enfrentar la primera pelea en el colegio. Ese hombre que tomaba cerveza los sábados y domingos en la tarde, con música a todo volumen en la tienda, mientras su madre se partía el lomo arreglando todo. Su padre, el que echó a su hermana de la tienda el día que ella fue a reclamarle que volviera a casa, que su madre estaba enferma. Un día en que su padre le dijo que esa labor de mantequear no era para él, sino para su hija. que entonces para qué tenía una mujercita si no servía ni siquiera para hacer caso. Confrontar a su padre, el hombre que se paró a la entrada de la tienda para no dejar que dos *maricones* compraran una gaseosa. “No nos estamos metiendo con ustedes, ustedes no se metan con nosotros y vayan al supermercado a comprar sus maricadas”. Ese hombre.

Pablo sabía que su padre no le respondería ninguna llamada. Así que se paró frente a la

casa de su familia, al otro lado de la calle, y esperó a su padre. Lo esperó una hora, dos horas, tres horas. Ya eran las nueve de la noche cuando lo vio llegar. Cruzó la calle, procurando no hacer ningún ruido. Y cuando ya estaba detrás de él, lo tomó del hombro. Su padre gritó, seguramente pensó que era un ladrón, y respondió con un temeroso empujón.

—Tengo que hablar con usted.

—¿Qué hace? Váyase o llamo a la policía.

—¿Y qué les va a decir, papá? Tengo que hablar con usted.

Su padre lo tomó de los brazos y los apretó. Irguió la espalda.

—Váyase o no respondo.

—¿Me va a pegar? Hágale, lance el golpe. No me voy hasta que hablemos.

—¿Hablar de qué? Que se vaya, le digo —Pablo no se movía y su padre lanzó un golpe directo a la nariz. Pablo no se esforzó por esquivarlo.

—Pégume otra vez, papá. Pero tengo que hablar con usted —dijo Pablo, mientras se limpiaba la sangre de la cara —. Pégume, que no le voy a responder. Voy a hablar con usted y usted tiene que escucharme.

—Diga lo que tiene que decir y váyase.

—No, usted tiene que escuchar. Y escuchar muy bien. Yo a usted lo quiero, papá. Lo adoro. Siempre quise ser como usted, así, fuerte, seguro de sí mismo. Todo un papá que era capaz de construir una casa de madera para sus hijos y de levantar un muro de ladrillo con sus propias manos. Yo quería ser como usted.

—Pero el hijo me salió maricón. Váyase...

—No, escúcheme. Yo quería ser como usted pero un día quise dejar de ser como usted. Y eso no pasó ayer, antier, hace dos años, hace tres. No pasó cuando entré en la universidad. No sé cuándo pasó, pero sí que fueron muchas vainas, papá. Usted alardea de ser el padre perfecto, y tal vez lo sea, y por eso mismo dejé de querer imitarlo. ¿Y sabe qué es lo peor? Que durante mucho tiempo fui como usted sin darme cuenta... Y escuche bien esto. Era como usted después de que terminaba de comerme con otro tipo, porque sí, me gustan los tipos, y así también he sido como usted.

—Yo no soy ningún maricón. A mí me respeta.

—Claro que usted no es maricón. Usted es peor. Usted es un hijueputa. Y lo más lindo que tenía esta familia, lo más auténtico, usted lo molió a golpes, pero no por culpa de ella,

sino porque lo pillaron. Y yo sabía eso desde niño, papá. Pero me hice el huevón, porque qué importa, si el tipo es un buen padre y nunca nos ha faltado la comida. Y, además, todos los papás tienen moza, me decía un amigo. Pero es que no era solo tener “moza”, papá. Usted, usted... ¿usted alguna vez ha llorado? No, porque usted prefiere que todos nos quedemos callados. Y ya grandes seguíamos haciéndonos los pendejos y mi hermano se volvió como usted, y peor. ¿Y sabe? Yo todavía lo quiero a usted, papá, pero odio ser como usted.

—¡A mí me respeta!

—Pégume otra vez, tranquilo. Es lo único que puede hacer. Pégume, pero eso no me va a quitar lo maricón ni usted dejará de ser lo que es. Y a usted le parece peor ser maricón que ser un violador, como Saúl. Sí, yo supe todo y lo peor de todo es que usted le ayudó a ocultarlo. Pégume, tranquilo.

Su padre hizo un amague. Pablo no se movió. Lo miró a los ojos, lo abrazó, cruzó la calle y se fue.

\*\*\*

Saúl tuvo su primera novia seria a los 19 años. O al menos la primera que presentó a la familia. Ella tenía un año menos que él. Se habían conocido en la práctica de fútbol y, supuestamente, tenían eso en común. Iban juntos a entrenar y veían partidos juntos. Un sábado en la mañana la invitó a ver un partido de fútbol inglés a la casa de la familia. Los dos se sentaron junto a Pablo. Ella no lo conocía y le sonrió. “Haber sabido que tenías un hermano más lindo, me hubiera esperado”, bromeó ella, que se llamaba Paula. Pero Saúl no se lo tomó como una broma e hizo mala cara durante todo el partido. Al principio, ella no se percató del enojo e hizo un par de chistes sobre el atractivo de Pablo, que solo sonreía. Saúl apretaba la quijada. El partido terminó y Saúl le hizo una mirada a Pablo para que saliera de la sala. Pablo salió, pero se quedó escuchando en la puerta. Un manotazo lo asustó, pero por el resquicio de la puerta alcanzó a ver lo que pasaba. Saúl la sujetaba de la nuca mientras ella trataba de zafarse. Cuando lo logró, agarró sus cosas y salió corriendo, azotando la puerta que daba a la calle. Pablo entró a los pocos minutos, fingiendo que no sabía qué había pasado, y le preguntó a dónde se había ido ella.

—Las mujeres son cansonas, usted sabe...

—¿Todo bien?

—Uno no les puede decir nada... pero toca aplacarlas desde el principio, pelao, porque se la montan a uno. —Saúl lo tomó del hombro mientras le decía eso —Así es que toca, aprenda.

—Toca, sí.

Pablo volvió a ver a Paula cinco años después. Ella estaba con un grupo de niños, en un museo, y lo reconoció en cuanto lo vio. Lo saludó a la distancia, sonrió y siguió con los niños. Fue la única que no se aguantó un abuso de Saúl a la primera señal de alarma, al primer abuso. A Paula le siguieron otras que, al principio, decían que no pasaba nada, que el carácter de Saúl era fuerte y que a ellas les gustaba ese carácter. Pero ese carácter iba escalando en reclamos a gritos, celos irracionales y manipulación. Y una vez hubo golpes.

Saúl llegó a casa con su novia, después de una fiesta, y ella estaba sonriente, ebria, casi no podía sostenerse en pie. Pablo les abrió la puerta. Eran las tres de la mañana. Saúl le pidió a Pablo que le ayudara a llevarla a su habitación, y ya en la puerta lo despidió con un guiño de ojo y una sonrisa. Pablo se quedó afuera de la habitación de su hermano varios minutos y escuchó un golpe contra el piso, una tela que se desgarraba, un grito ahogado. Tuvo el impulso de abrir la puerta, de entrar, pero se quedó paralizado y se fue a dormir. O a tratar de dormir.

Pablo se levantó como a las diez de la mañana y Saúl y su novia estaban sentados en la mesa de la cocina, comiendo el desayuno que les había preparado la madre. Ella tenía la mirada perdida y respondía con una sonrisa inerte a las preguntas de la madre. Tenía puesta una chaqueta de Saúl y la misma falda de la madrugada, con las medias desgarradas y una mancha de sangre en el muslo. Saúl se paró a saludarlo, a abrazarlo, a agradecerle, y Pablo recordó lo de Cuevas. Nunca más lo volvió a ver, y unas semanas después Saúl empezó a verse nervioso, angustiado, y cuando alguien le preguntaba sobre ella, respondía con un “esa perra”. Saúl se quedaba en la sala esperando a su padre y ambos se encerraban en la habitación a discutir en voz baja algo que Pablo nunca alcanzó a escuchar. Hasta que vio, por descuido de su hermano, la citación del juzgado sobre la mesa de noche. No dijo nada, pero pensó en todo lo que pudo haber hecho esa noche. Uno o dos meses después, Saúl y su padre llegaron a casa vestidos de paño, con tufo de cerveza. Solo atinaron a decir que celebraron, que menos mal habían conciliado, que menos mal, porque ella tampoco era una santica. Y no

dijeron más. Y su madre solo los miraba y sonreía.

Y siguieron siendo los hermanos modelo, los hermanos amigos, los supuestos confidentes. Saúl empezó a dedicarse a los amores de una noche, amores de los que le hablaba a Pablo al otro día, en la mesa del desayuno. Pablo solo sonreía, pero no decía nada. Nunca decía nada. Lo dejaba hablar y cuando Saúl le preguntaba que si estaba saliendo con alguien, que con cuántas mujeres había tirado, decía que él prefería no hablar, que igual no estaba pasando nada. Que le contaría con lujo de detalles cuando empezara a salir con alguien. Pero no le contó nada sobre Laura hasta el día que la presentó con sus padres, y cuando Saúl le pedía a Laura que le presentara amigas, Pablo esperaba a estar solo con ella para decirle que esa no era buena idea, pero nunca le explicaba por qué.

Confrontar a su hermano era confrontarse a sí mismo. ¿Por qué nunca le dijo nada, hizo nada y simplemente lo dejó ser? ¿Qué le iba a decir a su hermano? Pero decidió que de nada valía hacerse esas preguntas, aunque no dejó de hacérselas durante todo el día, mientras trabajaba. Mientras llenaba informes financieros y hacía cálculos. Pablo pensó en inventarse una excusa para no ir a trabajar, pero prefirió ir a su oficina, distraerse un rato. Incluso, bromeó con sus compañeros, los mismos que sintió que lo estaban juzgando en su primer día de trabajo. Mientras hablaba con ellos, mientras trabajaba, pensaba en la charla con su padre, y se sentía juzgado pero a la vez tranquilo.

Al salir de la oficina tomó un taxi y esperó a Saúl en el bar al que iba siempre después del trabajo. Se sentó en una de las mesas del fondo. Saúl no perdía cita en ese bar. Pasó una hora después de la salida del trabajo y llegó Saúl, con su chaqueta de cuero, su camisa blanca impecable, planchada por su madre, acompañado de una mujer. Se sentaron a dos mesas de distancia. Saúl no lo había visto, así que lo tomó por sorpresa que alguien arrastrara una silla y se sentara al lado.

—Hola. Sería mejor que te fueras —le dijo Pablo a la mujer—. Este tipo no vale.

—Usted sí es descarado, hermano, después de todo lo que nos hizo.

—En serio, vete. Además, tengo que hablar algo con este tipo.

—¿Hablar qué? ¿Saben? Mejor me voy... —dijo Saúl, y miró a la mujer—. Vámonos al sitio que me dijiste...

—Usted no se va, Saúl. Tengo que hablar con usted y me va a escuchar —Pablo lo tomó del brazo y lo jaló para que se sentara.

—Espérame afuera —le dijo a la mujer—. A ver, diga, qué tiene que decir.

Pablo empezó a sentir náuseas. No sabía cómo empezar, qué decir. Ni siquiera sabía qué tenía para confrontarlo.

—Diga pues, maricón. ¿O es que contagió a más gente?

—Usted fue el que me contagió —fue la primera frase que se le ocurrió—. Usted es una hijueputa enfermedad.

—Cómo así que yo lo contagié...

—O usted ya debe estar contagiado, malparido violador —Saúl volteó la mesa de un golpe.

—Respéteme, hijueputa. Yo no soy el depravado...

—Usted es algo peor... Yo debí haber hecho algo, abrir la puerta, no dejar que le hiciera nada. Hijueputa violador, ¿qué hizo para no irse a la cárcel?

—¿De qué está hablando?

—Yo sé todo, hermano. Qué hermano ni qué hijueputas. Yo no quiero ser su hermano.

—Déjeme en paz. ¿Qué quiere, a qué vino?

—Usted sabe a qué vine —Pablo lo agarró de la solapa de la chaqueta. Le dio un puñetazo en la cara y Saúl cayó sobre la barra del bar, tumbó unos vasos, una botella.

—Váyanse que ya llamé a la policía —intervino el barman.

Pablo volvió a agarrar a su hermano de la solapa, hizo un amague de golpe y se fue. Afuera vio a la mujer con la que Saúl había llegado. Le sonrió. Ella lo miraba sorprendida. Pablo cruzó la calle y desde la otra acera vio a su hermano salir y limpiarse la sangre de la nariz. Lo vio abrazar a la mujer y la vio preocupada, acariciándole el rostro. Quiso devolverse, pero ya no sabía qué hacer ni qué decir.

\*\*\*

¿Qué le diría a su madre? ¿Cómo se lo diría? De hecho, sabía poco de su madre. A su padre le gustaban los tangos y los vallenatos viejos y tenía una colección de discos que atesoraba. “Esto vale millones”, decía cada vez que se sentaba a escucharlos en familia. Su madre se sentaba un rato a su lado y se paraba a servir las bebidas, la comida. Su padre era un fanático enfermo del fútbol y guardaba grabados en VHS muchos de sus partidos favoritos de Santa Fe, y los repetía en las fiestas familiares. Su madre se sentaba un rato al lado de todos, reía

de los chistes. “Es que así es él”, repetía con cada ocurrencia de su padre. Se levantaba, alistaba los refrescos, la comida, les servía a todos. Nadie le preguntaba a su madre si se sentía bien repitiendo esos partidos, escuchando esos discos viejos. “¿Qué música le gusta, mamá?”. “¿Usted qué hacía cuando era joven?”. Nadie le hacía esas preguntas a su madre. O tal vez su hermana. Una vez, cuando tenía diez años, Pablo se puso a revisar los cajones de sus padres. Encontró un álbum viejo, al lado de la ropa interior de su madre. Había unas fotos de una joven delgada, en una cancha de voleibol, parada al lado de otras jóvenes. Era su madre, claramente, y tenía por ahí unos diecisiete años. Era su madre y sonreía en esa foto sepia. Tenía el pelo corto. Y ahora, cuando pensaba en cómo hablar con su madre, recordaba esa foto y recordaba que no sabía nada de su madre. No sabía cuál era su color favorito ni cuál telenovela le gustaba más.

“Mamá, acabo de darme cuenta de que no la conozco. Sé que le gustaba el voleibol y que era feliz jugándolo, pero no sé más. Me gustaría saber más de usted. ¿Qué música le gusta? ¿En qué va la telenovela que está viendo? Es más, ¿le gustan las telenovelas? Pienso en esa foto en la que aparece con uniforme de voley y quisiera saber si aún la guarda, y aún la guarda, ¿por qué? Seguramente, para usted estos deben ser días difíciles y usted debe pensar que soy una decepción. La entiendo y por eso quisiera que me escuchara. También quisiera conocerla, saber de usted. Que no sea una completa desconocida para mí y, sobre todo, que pueda ser usted misma”.

Pablo esperó a que su madre saliera de casa y le entregó esa carta en las manos. “Cuando quiera que hablemos, me avisa”, le dijo y se despidió. Era de noche.

## Capítulo ocho

Ricardo llamó a su padre para contarle que había conseguido un pequeño apartamento para su hermana.

—Y lo mejor es que está cerca de la universidad.

—Cuánto me alivia eso —le respondió su padre. —Y... ¿usted al fin sí puede...?

—Claro que sí puedo ayudarle. Y si me veo muy colgado, que se pase a vivir acá, conmigo.

Aunque espero que podamos pagar el apartamento. No creo que ella quiera pasar la carrera viviendo con el hermano mayor. ¿Mi mamá ya sabe?

—No... Lo mejor es que sepa cuando su hermana ya esté viviendo en el nuevo apartamento. No está muy contenta que digamos con esa carrera...

—Menos mal que estudié algo que sí sirve para algo —Ricardo soltó una carcajada.

—Pues usted resultó sensato...

—¿Cuándo viene a Bogotá y nos tomamos unos tragos?

—Está difícil...

—Pero es solo una hora... ¿por mi mamá?

—Si le contara...

—No me cuente, no quiero amargarme. ¿Usted por qué sigue con ella?

—Es que es difícil...

—Pero es más difícil para usted estar con ella.

—No es tan simple... Lo llamo luego. Tengo que colgar. Lo quiero mucho.

Ricardo había hablado varias veces de sus padres con sus amigos abogados. Pero de nada le servía, su padre no quería separarse. “Usted la hubiera conocido de joven... Era muy diferente”, se excusaba siempre su padre. Ricardo se recostó un rato sobre el sofá, le escribió a su hermana y trató de dormir, hasta que sonó su teléfono. Quedó sorprendido por el mensaje. Escribió una respuesta rápida y casi sin pensarlo estaba pidiendo un taxi para una cita improvisada en un bar que no conocía pero que se veía caro. Llegó media hora antes de lo acordado. Intentó distraerse leyendo un libro de crónicas sobre crímenes en la historia de Colombia. Lo compró un día en el centro de la ciudad, de segunda, con manchas de café en las hojas. A pesar de que lo había leído varias veces, siempre volvía a revisarlo porque le gustaban las historias. La que más lo atraía, sin embargo, no era sobre un crimen, sino sobre la muerte de un talentoso actor colombiano que se había lanzado por una ventana. Y le gustaba leerla porque siempre fantaseaba con que escribiría un libro sobre ese actor. Estaba en esa ensoñación cuando llegó la persona con la que había quedado de verse.

—No pensé que fuera a aceptar verse conmigo.

—Ya estaba a punto de ponerme la pijama y tales. Pero ya ve usted...

—¿Por qué aceptó a verse conmigo? —preguntó Laura.

—¿Por qué quiso verse conmigo?

—Pablo me contó que usted dio negativo.

—Sí.

—Y yo salí positivo.

—Lo siento —Ricardo sintió alivio y un poco de satisfacción, pero le remordió algo por dentro. —Supongo que no me citó solo por eso.

—Supone bien. Hablé con Pablo y...

—Sé que llegar así como así a la cena de ustedes no estuvo bien, perdóneme por eso, yo estaba un poco tomado, pero...

—Déjeme terminar. Hablé con Pablo, me habló de usted, y me dio curiosidad conocerlo...

—¿Y qué quiere conocer de mí?

—Me da curiosidad... Pablo me contó que, con usted, se sentía diferente. Conmigo era otro.

—¿Se siente insegura por eso?

—No es eso. Para nada celos. De hecho, usted no me preguntó por qué di positivo.

—¿Por qué tendría que preguntarle eso?

Pidieron cervezas. Laura le contó de su historia con Luis. Aprovechó y le habló de su madre, de la forma en que conoció a Pablo, de las primeras citas, de la forma en que Pablo se portaba con ella. Mientras Laura contaba, bajaban y bajaban cervezas. Ricardo la miraba y se aguantaba las ganas de sonreír. Quería parecer serio, pero sentía simpatía cuando ella le hablaba de sus épocas de estudiante, de las arengas, de las protestas... de Luis.

—Y me daba curiosidad, porque, por lo que me contó, con usted se portaba diferente.

—Era un niño...

—Sí, y conmigo era como si quisiera ser como el papá.

—¿Y le contó de eso?

—Un poco... ¿Por qué aceptó verse conmigo?

—También tenía curiosidad, pero no sabía de qué.

—¿No me va a contar cómo se conocieron?

—Me imagino que Pablo le contó eso. ¿Para qué quiere que le cuente?

—Me contó muy por encima —dijo Laura.

—No creo, porque ¿entonces por qué le da curiosidad conocerme?

—¿Pedimos otra cerveza?

—La última.

Ricardo le contó sobre la primera vez que vio a Pablo. Lo que le llamó la atención de él.

Le contó del primer partido que jugaron juntos y de la primera vez que se besaron, de la primera vez que tiraron. A Laura no le importó nada y lo miraba con atención y reía y sonreía cuando alguna historia de Ricardo le parecía divertida. Le gustaba escuchar de un Pablo que no era el Pablo que conocía sino era Andrés, un joven grande y tímido que estaba cansado de fingir que era fuerte. Casi que se sentía amiga de Ricardo, en esa inusual situación que jamás se habría imaginado esa noche de la cena. Ricardo siguió hablando hasta que le entró una llamada. Laura alcanzó a ver el nombre (Alejandra). Él se paró a contestar y regresó a los pocos minutos con una sonrisa.

—¿Y es que a usted también le gustan las mujeres?

—¿Qué? No, era mi hermana.

—Pensé, y como llegó todo feliz.

—Mi hermana se va a venir a vivir a Bogotá, y está feliz porque entra a la universidad. Va a estudiar antropología... —Ricardo se detuvo, se sintió raro al tratar de contarle eso a Laura.

—La felicito.

—Bueno, creo que ya fue. ¿Tiene algo más para decirme?

—Tal vez sí, pero ya está bien.

Pidieron la cuenta, pagaron por mitades, salieron a la calle y tomaron caminos distintos. Cada uno se fue pensando en que en otras circunstancias se habrían caído bien, hasta serían amigos. Ricardo pensaba que eso sería imposible. Laura, en cambio, creía que sí podrían serlo.

\*\*\*

Pablo miró su celular. La tercera vez que lo hacía en media hora. Esperaba algún mensaje, alguna llamada de su madre. Nada. Estaba en la terraza de la oficina de su trabajo. Revoloteó con el tenedor su almuerzo: un arroz untado de guiso, una carne triste y una papa. Pero sabía bien. Su hermana se lo dijo en esos días: “Se ve mal, pero sabe bien. Me gusta que siga cocinando”. Sonó su teléfono. Era Laura. Habían quedado de verse al día siguiente, sábado, para recoger la prueba confirmatoria.

—¿Preparada para mañana?

—Yo estoy tranquila. ¿Qué es lo máximo que nos pueden decir?

—¿A las ocho?

—Mejor a las diez, no quiero madrugar. ¿Qué va a hacer hoy después del trabajo?

—Una compañera celebra su cumpleaños y me dijo que fuera con todos a un bar cercano.

Supongo que lo hizo para quedar bien.

—No sea bobo. Vaya un rato y después nos vemos.

—O acompáñeme.

—¿Me va a presentar como su novia?

—¿Todavía somos novios?

—No sea bobo. Dígame dónde es y le llevo.

Pablo le dio las indicaciones. Colgaron. Volvió a revisar el teléfono por si había llegado un mensaje de su madre. Nada. “Mi mamá no le va responder ni lo va a llamar”, le dijo su hermana después de que él le contó lo de la carta. “Ella es así, aunque no debería”. Miró la hora. Ya eran casi las dos. El momento de volver al trabajo. Aún estaba prevenido, aún pensaba que sus compañeros de trabajo sabían pero fingían no saber para quedar bien. Cuando se paraba a la cocina a servirse agua, cuando pasaba por la oficina de la psicóloga, cuando se cruzaba con la recepcionista, que le parecía una mujer atractiva y lo saludaba siempre con una gran sonrisa y un comentario sobre su ropa. Y él le respondía con otra sonrisa, fantaseando en cómo sería salir a tomarse algo con ella o besarse con ella. Podía estar enfermo pero aún sentía. Pero, incluso, creía que ella sabía.

Se sentó en el escritorio. Dos correos de su jefe en los que le pedía unas proyecciones financieras para el lunes. Pablo ya las tenía listas. A veces llegaba más temprano a adelantar trabajo. Se tomó el tiempo para buscar un apartamento en arriendo. Su hermana ya le había dicho que, máximo, podía quedarse un mes. “Y no lo digo por mí, sino por usted, para que aprenda a estar solo, pelao”, le decía. Vio tres opciones. Uno muy cerca de la oficina, con dos habitaciones. Estaba perfecto, salvo por el precio. “Si viviera con alguien, los gastos serían más cómodos”, pensó, y pensó en Laura. Vio otro, más pequeño, aunque con un pequeño balcón. Escribió para ir a verlo. El tercero lo descartó. se notaba que no le llegaba la luz. Pensó en que si no hubiera pasado nada de lo que hubiera pasado, tal vez no se habría animado a irse a vivir solo. Cerró las páginas y se puso a adelantar el trabajo de la siguiente semana, unos estados que había que tener para fin de mes... El fin de mes de su primer sueldo. Compraría nueva ropa y una nevera, tal vez. O un televisor, para ver fútbol en las mañanas.

Y pensó en que a Ricardo le gustaría ver fútbol sin presiones de nada, sin pensar en que pronto tendrían que irse. Siguió absorto en el trabajo y se le pasó el tiempo sin darse cuenta, hasta que alguien tocó en su oficina. Era la cumpleañera.

—No puedes dejar de ir. A ver si por fin te integras con todos.

—Claro, espera cierro acá y nos vemos... ¿en el bar este de las sombrillas?

—El mismo...

—¿Puedo ir con alguien?

—Mmm. Déjame pensarlo —bromeó ella.— Claro que sí, ni que fuera dueña del bar. ¿Te esperamos o llegas por tu cuenta?

—Espérenme.

Caminaron hacia el bar. Quedaba a dos cuerdas. Eran unos diez, incluida la recepcionista. Pablo se quedó rezagado del resto, pero les seguía el paso. La cumpleañera se le acercó y lo tomó del brazo. Pablo supo que ella se llamaba Paula, que estudiaron en la misma universidad, pero ella se graduó dos años antes. Paula le contó que estaba nerviosa porque al bar llegaría un tipo con el que llevaba saliendo apenas un mes, y que le gustaba. Pablo la escuchaba, aliviado. La sentía genuina, realmente interesada en contarle.

Llegaron al sitio. Laura estaba afuera. Lo abrazó al llegar. Paula les preguntó si eran novios. Laura rio, con nervios, entraron y se sentaron en una mesa aparte de la festejada.

—Hablé con Ricardo. O sea, me vi con él. —Pablo suspiró. Ella siguió. —Creo que me cae mejor que usted, pero es como reservado.

—¿De qué hablaron?

—Usted ya sabe de qué hablamos. O sea imagina, al menos. Cuénteme cómo le ha ido en el trabajo.

Y Pablo le contó. Le habló de los informes adelantados, de la inseguridad que aún sentía, de que pensaba que ya todos sabían. Y Laura lo tranquilizó y le dijo que se estaba armando películas en la cabeza. También le habló de los encontronazos con su padre y su hermano. Y de la carta que le escribió a su madre. Él intentó tomarle la mano.

—¿Sabe? Eso no es buena idea.

—¿Qué no es buena idea?

—Seguir juntos. Usted tiene que resolver cosas con usted mismo. Yo tengo que solucionar... con mi padre, con Luis.

—¿Y qué hacemos?

—Esperar... Y festejar. Vea a su amiga, toda contenta y nosotros aquí todos desparchados.

Ambos se quedaron viendo a la cumpleañera, con un gorro de papel, dorado, brindando con los que se le acercaban, bailando. Ella en el medio de todos, cerca de la barra, coqueteando con un barbudo de gabán que estaba frente a ella, pero no a su lado. Debía ser el tipo con el que salía. Ambos la miraban con algo de envidia, con algo de alegría.

—Todo va a ser diferente, ¿no? El tratamiento, todo —dijo Pablo.

—Sí, pero hay que esperar la prueba confirmatoria. Igual, relájese: estuve leyendo y la vida puede seguir normal. Seguirá normal.

Se pararon y se acercaron a la festejada. Laura la abrazó y le deseó feliz cumpleaños. Le dijo que le estaban sentando perfecto los veintiséis años. Pidieron tragos, se integraron. Laura parecía amiga de toda la vida. La celebración siguió en esa noche de viernes que parecía lluviosa pero en la que nunca llovió. Cuando ya era medianoche, Laura se despidió con un simple “nos vemos mañana, a las diez”. Pablo no hizo nada por detenerla, solo la abrazó. La fiesta siguió y Pablo se quedó contando chistes, anécdotas de la universidad, anécdotas que Paula comentaba, anécdotas a las que ella respondía con su propia anécdota. Pablo se sintió cómodo e intentó hablar con la recepcionista, que también se llamaba Laura, pero no hizo nada. Solo se quedó viéndola bailar, a lo lejos, con una blusa satinada vinotinto que se abría sobre el pecho. Pablo se sentó al lado de la barra, con un trago, mientras los veía a todos bailar, hablar. Mientras veía a Paula besarse con el tipo de barba. Pensaba que ese sería un buen momento para que se acabara el mundo. Que si todos se murieran así, sería mejor a largas agonías. Sonrió y se burló de sí mismo por imaginarse pendejadas. Al fin de cuentas, él seguía vivo y seguiría vivo. Los tragos ya le estaban haciendo estragos en la cabeza. Fue al baño y se echó agua en la cara, en la nuca. Se miró en el espejo. A pesar de los tragos, de la hora, de lo que había pasado en esos días, su rostro se veía radiante. Cerró los ojos unos segundos a ver si la imagen cambiaba. Era la misma. Era él.

Cuando ya pasaban las dos de la mañana, se despidió de todos.

—Intégrese más, hermano —le dijo un compañero, uno que —ahora recordaba— siempre se sentaba a su lado a la hora del almuerzo, aunque nunca hablaban.

Se despidió de Paula y le deseó feliz cumpleaños. Se despidió del tipo de barba, con un

apretón de manos.

Salió, miró al cielo, que seguía gris, con una amenaza de lluvia que seguía sin concretarse. Caminó dos cuadras, tres cuadras, cuatro, cinco, seis. No le dio miedo caminar solo tan tarde. Pensó en el apartamento que iría a ver, donde ya se veía viviendo. Pensó en Ricardo, en llamarlo a esa hora, pero se contuvo. Pensó su madre, resignado; ella no lo llamaría ni le escribiría. Pensó en que quería darle un regalo a su hermana, pero no sabía. Pensó en que si llegaba rápido alcanzaría a dormir cuatro o cinco horas. Agradeció que Laura decidiera que mejor se vieran a las diez. Cruzó la calle, alzó la mano y se montó en el primer taxi que pasaba. Le dio las indicaciones, se enfundó en la chaqueta.

Afuera ya empezaba a llover.